Vega Fountain

Cuerpos especiales

Selecta

Cuerpos especiales

Vega Fountain

Selecta

Capítulo 1

—¿Dado? ¿Dado? ¿Dónde estás Dado? ¡Hacendaaadooo! —gritaba Candela para que su perro volviera a ella.

Hacendado era su perro desde hacía más de un año. Era un perro callejero que había recogido un día de lluvia, tras verlo durante varios días merodeando por su casa.

Candela vivía en una casita baja en una zona que, en su día, estaba a las afueras de la ciudad, pero que ahora, con la expansión de la construcción, estaba relativamente cerca del centro. El barrio en el que vivía era un barrio humilde, las casas adosadas a la suya eran todas iguales y estaban ocupadas principalmente por familias de otras etnias e inmigrantes o personas bastante mayores. Cuando se mudó a la gran ciudad, fue lo más económico que encontró. No era un barrio peligroso ni conflictivo, todos se respetaban y mantenían la armonía. Candela vivía con su compañera Estrella. Estrella trabajaba en una fábrica y, debido a sus turnos, no coincidía mucho con ella. Se llevaban bien y nunca habían tenido ningún encontronazo. Candela siempre trabajaba en un turno de mañana en una guardería, los niños habían sido siempre su pasión, por eso estudió Magisterio, lo tuvo claro desde siempre y, cuando le ofrecieron ese trabajo en una guardería, no se lo pensó, abandonó su casa y su ciudad y se metió de lleno en su nueva aventura.

—¡Hacendado! ¡Hacendado! ¿Dónde estás? —volvió a gritar algo inquieta. Había cogido tanto cariño a aquel chucho que no se perdonaría que nada le pasara.

Lo habían bautizado así porque, cuando lo recogieron, no sabían su raza, se podría decir que era un perro de marca blanca, haciendo la comparativa con la marca que ofrecía un conocido supermercado. Hacendado, Dado coloquialmente, era un perro mediano, color marrón claro con cara de pillo y el pelo ni corto ni largo, ni liso ni rizado, pero sí muy áspero. Era la esencia de la marca blanca de los perros. Cuando llegó a sus vidas, estaba muy asustado y sucio y cojeaba. Entre Candela y Estrella lo metieron en casa, y le pusieron de comer y de beber para que cogiera confianza. El animal, poco a poco, se tranquilizó y comenzó a comer con ansia todo lo que había en el cuenco, estaba hambriento y sediento. Si Candela o Estrella se acercaban, se ponía a gruñir, era su comida y parecía que lucharía por ella con quien fuera. Cuando terminó toda la comida de su cuenco, poco a poco, se fue acercando hasta las dos amigas que se habían agachado para estar a su misma altura. Dado cogió la suficiente confianza para llegar al lado de sus salvadoras, Candela extendió su mano para que la oliera; al principio, el animal estaba reticente y temeroso, de hecho, dio varios pasos para atrás, pero a la vista de que su nueva amiga era inofensiva, volvió a acercarse más y más. Tras olisquear su mano, Candela comenzó a acariciarlo, el primer contacto estaba hecho. Hacendado era muy mimoso y estaba falto de cariño, por lo que pronto se dejó tocar por Candela primero y por Estrella después, se tumbó para que las dos chicas le dijeran cosas y le hicieran carantoñas. Dado, agradecido por el cambio radical que había dado su vida, las obsequió con lametones y movimientos de cola. Incluso ladró exultante de alegría. Después del primer contacto, venía la segunda fase, ese perro no podía entrar en casa así de sucio. Tendrían que bañarlo. Eso les costó un poco más, el animal era reacio, primero a entrar en una casa desconocida, y segundo al contacto con el agua. Entre las dos, consiguieron meterlo en la bañera y, con palabras dulces y cariñosas, tranquilizarlo para que se dejara bañar. En un principio, el agua salió negra; a medida que lo enjabonaban y aplicaban más y más agua, esta fue cambiando a un color más claro, hasta que llegó a ser transparente del todo. El animal se sacudió empapando a sus nuevas dueñas, pero no les importó en absoluto, estaban encantadas y parecía que su nuevo compañero de casa también.

Al día siguiente, lo llevaron al veterinario, lo desparasitaron, le pusieron el chip ya que no disponía de él y lo adoptaron de forma definitiva.

—¡Dado, Dado, Dado! —volvía a gritar Candela.

Candela paseaba todos los días a su perro por la mañana y por la tarde en un parque cercano a su casa. No era el típico parque formal del centro de la ciudad, este tenía grandes avenidas, árboles de cierta edad y zonas de césped, nada de parterres con flores de temporada ni cosas parecidas. Era más informal, un lugar

para pasear de forma tranquila o, incluso, practicar deporte. No estaba muy concurrido, por lo que Candela aprovechaba para quitarle la correa, dejando que el animal pudiera correr a sus anchas, revolcarse por la hierba y saltar. No debería hacerlo, pero no solía haber mucha gente y el can era bastante obediente a la llamada de sus dueñas. Acudía casi siempre de forma inmediata, por lo que, en el momento que Candela veía a alguien acercarse o a mamás con niños, llamaba a su mascota para que no se acercara más de la cuenta. Hacendado era muy cariñoso y agradecido a las muestras de cariño, pero no todo el mundo lo veía de igual manera.

Candela se había despistado y no conseguía encontrar al perro por más que lo llamaba, estaba empezando a ponerse nerviosa. Había cogido tanto cariño a ese chucho que no sabría qué hacer sin él. Como todos los días hacía el mismo recorrido, intentó seguir el camino trazado para ver si lograba localizarlo. Caminó y, justo en la curva de uno de los caminos, lo vio: estaba siendo acariciado por un chico que, por el aspecto que tenía, estaba haciendo deporte. Candela aceleró el paso, no sabía si su perro era acogido bien o no por su nuevo acompañante.

—¡Por fin! —sentenció Candela jadeando, y es que se había pegado una carrera buena—. ¡Por fin te encuentro! —repitió al perro a modo de reprimenda.

—Deberías llevarlo atado —sugirió el chico incorporándose.

—Lo siento —se disculpó Candela preocupada por si el perro le había atacado—. ¿Te ha hecho algo? — preguntó inquieta mientras ponía la correa que llevaba colgada de su cuello.

—No, no te preocupes, pero deberías tenerlo más controlado, a mí no me molesta, pero no todos somos iguales —explicó el chico con una sonrisa mientras volvía a acariciar la cabeza áspera del perro, que lo miraba con cara de agradecimiento.

—Lo sé, lo sé —admitió Candela avergonzada.

—¡Hasta luego! —se despidió el chico, que iniciaba de nuevo su carrera.

Candela se lo quedó mirando como una imbécil, aquel chico era diferente y no sabría decir por qué. En todo el tiempo que llevaba paseando por ese parque, nunca lo había visto.

Más atolondrada que otros días, llegó a casa tras el paseo. Dado iba a su lado caminando mientras ella tiraba de la correa de forma sutil para dirigir sus pasos.

Capítulo 2

—Hola, Candela —saludó Estrella al verla entrar por la casa.

Casi siempre utilizaban la puerta trasera, la puerta que unía el estrecho patio del que disponía la casa con la vivienda. Se habían acostumbrado a hacerlo así y raras veces usaban la puerta principal.

—Hola, Estrella, ¿qué tal la siesta? —preguntó Candela lavándose las manos en el fregadero de la cocina.

—Corta, pero ya sabes, —se quejó—. Ahora me toca preparar el almuerzo, la cena y otra vez a currar —enumeró Estrella molesta.

—Deberías buscar otra cosa, las noches tienen que ser horrorosas —apreció Candela tomando asiento al lado de su amiga, que se estaba tomando una infusión.

—¡Ya te digo! Son horribles —admitió—, pero también es cuando menos jefes hay y se trabaja de forma más relajada —explicó Estrella, que llevaba varios años trabajando en una factoría de camiones.

—Puede ser, pero no tiene que ser saludable, el cuerpo no se acostumbra nunca y, cuando lo hace, le vuelves a cambiar el ritmo —añadió Candela mirando al infinito.

—¡Ya! —sentenció Estrella levantándose para llevar la taza vacía hasta el fregadero—. De momento es lo que hay, hasta que no me toque la lotería o me eche un novio millonario, no tengo más remedio —argumentó riendo.

—Pues estás apañada —añadió Candela riendo contagiada por la risa de su amiga.

—Algún día —contestó dejando sola a Candela en la cocina.

Desde la puerta de la cocina se veía el patio, allí estaba Hacendado, que se había acercado hasta el cristal de la puerta pidiendo sin hablar a su dueña que lo dejara entrar. El perro campaba a sus anchas tanto por el patio como por la casa, así que otra noche más dormiría en la alfombra del salón.

—Anda, entra —dijo Candela—. Y que sea la última vez que te vas tan lejos, que luego me abroncan —lo amonestó.

—¿Quién te ha abroncado? —preguntó Estrella intrigada, ya se había quitado el pijama y puesto la ropa para ir a trabajar.

—Un chico que iba corriendo por el parque, nunca lo había visto y me ha dicho que debería atar a Hacendado —explicó Candela algo preocupada, había sido una imprudencia por su parte.

—Y ¿te ha visto con esas pintas? —preguntó Estrella enfadada con su amiga.

—Sí —admitió Candela de forma pasota.

—No tienes remedio, ¿cuántas veces te he dicho que debes arreglarte más? —volvió a preguntar molesta por la actitud de su compañera de piso.

—Muuuchaaas —confirmó Candela como si estuviera repitiendo un mantra.

—Nunca sabes dónde vas a encontrar al hombre de tu vida, y con esas pintas ¡no se van a fijar en ti en la vida! ¡Si pareces un saco de patatas! —afirmó Estrella haciendo alusión a la sudadera extra grande que solía llevar Candela.

—Así voy bien —se defendió Candela molesta—. Además, sabes que por mi trabajo tengo que ir cómoda —añadió para que todo quedara meridianamente claro.

—¡Que sí!, ¡que sí! —contestó Estrella moviendo las manos con gesto de hastío—. Ya me sé la cantinela, pero mírate, debajo de esas capas gruesas de ropa hay un cuerpo precioso que no dejas ver a nadie —dijo en tono cariñoso.

—No me hace falta, quien me quiera tendrá que hacerlo con mi ropa ancha y con mis pintas —sentenció un poco enfadada. Estaba algo cansada de que su amiga le echara en cara siempre lo mismo.

—¡Anda, que…! Si el chico con el que te has cruzado es el hombre de tu vida, menuda impresión le habrás dado —sentenció Estrella queriendo picarla para que reaccionara.

—¡Bueno, bien! —espetó queriendo dar por zanjada la conversación.

—¿Era guapo? —preguntó Estrella con picardía.

—Sí…, bueno…, no sé —titubeó Candela de forma desinteresada—, no me he fijado demasiado.

—Así no hay manera —dijo Estrella resoplando—. Eres demasiado despistada.

—Déjalo, Estrella —pidió Candela, que no quería seguir hablando del asunto.

—Como quieras —respondió Estrella, mientras buscaba en el frigorífico algo de embutido para prepararse el bocadillo que se comería en su descanso, a altas horas de la madrugada.

Estrella cenaría con Candela, pues tenía que ir a trabajar, entraba a las diez de la noche. Normalmente, aprovechaban cuando coincidían compartiendo su tiempo. Ese día era uno de ellos.

Tras la cena, Estrella terminó de arreglarse, se lavó los dientes, se perfumó y fue a trabajar. Ella era muy coqueta y siempre iba arreglada, aunque fuera a trabajar en una factoría de camiones. Sus botas de tacón, su perfume y algo de maquillaje, o bien sus ojos perfilados o sus labios pintados; raras veces iba con la cara lavada. El caso contrario era Candela, su trabajo la exigía estar prácticamente sentada en el suelo de continuo, por eso solía vestir mallas, ropa deportiva y calzado cómodo. No se maquillaba casi nunca y usaba colonia infantil. Ambas amigas eran el contrapunto la una de la otra. Miles de veces, Estrella había insistido en que su amiga cambiara su vestuario, pero pocas lo había conseguido, y cuando Candela se presentaba en casa con alguna prenda nueva, solía ser ancha, vestidos anchos, chaquetas de punto grueso, cosas así que a Estrella le repugnaban. No es que fuera feo, pero ella era de la opinión de que el cuerpo de Candela era precioso como para ocultarlo tras esa ropa tan ancha.

Estrella abandonó la casa despidiéndose de Candela y de Hacendado y dejando tras de sí una ráfaga de perfume. En cuanto eso sucedió, Candela se fue a la cama. No había nada en la televisión que le gustara, leería un rato y se dormiría.

Candela se lavó los dientes, se puso su pijama de tejido suave y esponjoso y se metió en la cama, eligió uno de los varios libros que tenía empezados y se puso a leer. Solía tener dos o tres disponibles y, según su estado de ánimo, elegía uno u otro. Siempre tenía uno de poesía, y el resto, dependía, no tenía preferencias al respecto. El caso era leer, cualquier cosa le valía. Ese día leyó poco, estaba cansada y los párpados no se sujetaban. Apagó la luz de la mesilla y cerró los ojos.

Por alguna extraña razón, a su cabeza vino el chico con el que se había cruzado en el parque, parecía amable y simpático, pero poco más podía decir de él. Era alto, moreno, con el pelo corto y bastante atlético, parecía que hacía deporte de forma habitual, todo eso por el aspecto exterior. Apenas habían intercambiado unas cuantas palabras. ¿Qué habría pensado él de ella? Si, como decía Estrella, la primera impresión era la que valía, seguramente se habría decepcionado bastante. Candela llevaba su pelo recogido en un moño

despeinado, su sudadera de algodón gris tres tallas más grande, unas mallas negras y unas deportivas que habían vivido tiempos mejores. En definitiva, una pena de aspecto exterior. Pero ¿por qué se estaba planteando esa pregunta? Nunca le había importado el qué dirán ni el aspecto externo de las personas. Candela pensaba que todo el mundo era bueno por naturaleza, no veía maldad en nada ni en nadie, aunque la realidad distaba bastante de sus pensamientos.

Capítulo 3

Candela se levantaba temprano, en la guardería en la que trabajaba tenían programa de madrugadores y muchos papás dejaban a sus hijos allí a primera hora de la mañana para poder llegar a tiempo a sus respectivos trabajos. Dependiendo de la semana, Candela dormía más o menos o menos horas. Esa era una de ellas. A las seis de la mañana estaba arriba. A las siete entraba a trabajar.

Al poco de despertarse, y tras su ducha matutina, oyó la puerta. Sin duda era Estrella que volvía de trabajar.

—Buenos días —saludó sentándose de forma cansada en la silla que estaba al lado de la mesa de la cocina.

—Buenos días —contestó Candela—. ¿Qué tal la noche? —preguntó.

—¡Un desastre! Ha habido una avería y, hasta que no la han arreglado, hemos estado parados. Un rollo —explicó resoplando. Y es que, cuando eso sucedía, Estrella estaba más cansada, esos parones machacaban el ritmo. Prefería trabajar mil veces a estar mano sobre mano—. Desayuno contigo y me meto en la cama, estoy muerta —afirmó rotunda.

—Vale, tú tranquila, te preparo un cafetito con leche y después te vas a acostar —se ofreció Candela con diligencia.

—Gracias —contestó Estrella, que agachaba su cabeza para meterla entre sus brazos. Realmente estaba agotada.

Candela dispuso todo y, en cuanto sirvió el café, ambas amigas se lo tomaron, no tenían mucho tiempo, además Estrella estaba poco habladora esa mañana. Una vez terminaron, Candela fue a su trabajo y Estrella a la cama.

Bajaría todas las persianas e intentaría dormir unas cuantas horas antes de levantarse a preparar la comida. Así lo habían estipulado en unas normas que no figuraban en ninguna parte, pero que venían bien a las dos inquilinas de la casa: cuando Estrella trabajaba de noche, hacía ella la comida; cuando lo hacía de mañana, cocinaba Candela; y cuando estaba de tarde, dependía del turno de Candela, de si la tocaba madrugar o quedarse en la guardería hasta cerca de las cinco de la tarde.

Candela salía de trabajar a las tres de la tarde, tardaba relativamente poco en llegar a su casa, solía desplazarse en bicicleta y, cuando hacía mal tiempo, en transporte público. Tenía carnet, pero no tenía coche, así que la elección era obvia.

—¡Hola! —gritó Candela al entrar en casa, mientras acariciaba a Hacendado, que fue a recibirla en cuanto oyó la puerta del patio abrirse.

—Hola Cande, estoy en el baño, ahora salgo —contestó Estrella.

—Vale, ¿qué has hecho de comer? —preguntó levantando la tapadera de una cazuela.

—Guisantes con jamón y filetes empanados —cantó Estrella entrando en la cocina.

—¡Perfecto! —contestó sentándose a la mesa tras lavarse las manos en el fregadero de la cocina.

—En cuanto coma, me vuelvo a la cama, no he podido dormir apenas —afirmó Estrella apesadumbrada.

—Y ¿eso por qué? —quiso saber Candela mientras soplaba el humo que salía de su plato.

—Me ha llamado Toño y ya no he pegado ojo —explicó frustrada.

—¿Habéis vuelto a discutir? —preguntó Candela con cautela, sabía que la relación que mantenía su amiga con su pareja era bastante dañina, sobre todo para Estrella.

—Más o menos, pero no me apetece hablar de ello ahora, comamos y después me echaré la siesta —zanjó el tema.

—Como quieras —contestó Candela, que no se metía demasiado en la vida de Estrella, en realidad en la de nadie, vivía y dejaba vivir. Tenía su propia opinión, como era lógico, pero no decía nada acerca de lo que pensaba.

Terminaron de comer; en cuanto lo hicieron, Candela recogió todo con el mayor cuidado posible para no molestar a su amiga y después decidió que saldría a pasear a Hacendado. El animal ya la estaba mirando con ojos de pena, necesitaba correr y disfrutar de su tiempo de paseo.

Candela cogió las llaves, se puso la correa del perro alrededor del cuello y

salió de casa. Dado sabía lo que tenía que hacer: debía ir al lado de Candela para no ser atado, bien pegadito a ella; cuando alguien se cruzaba con ellos, detenerse para que Candela lo sujetara del collar y así evitar algún tipo de comentario. En cuanto llegaban a la zona ajardinada, el perro salía corriendo, siempre hacía la misma rutina: unas cuantas carreras rápidas, unos cuantos revolcones por la hierba y, de nuevo, a los pies de su dueña para que le acariciara mientras le decía alguna cosa.

El paseo de ese día sería más largo, Candela quería dar tiempo a Estrella para que durmiera cuanto quisiera; si ella volvía a casa, seguro que se desvelaría y no estaría fresca para enfrentarse a otra noche de trabajo.

—Deberías atar al perro —dijo una voz detrás de ella.

—Ah, hola —saludó Candela cortada—. Lo sé, pero es que es feliz corriendo a su aire —explicó ella queriendo justificar su proceder.

—Eso se ve, pero te pueden multar —aseguró el chico que permanecía a su lado. Llevaba ropa deportiva, unos auriculares que había sacado de sus oídos y el teléfono móvil sujeto en su brazo.

—Pues no me vendría nada bien tener que pagar una multa —caviló Candela para sí misma más que para que el chico oyera su reflexión.

—Soy Mateo —se presentó con una sonrisa encantadora y le tendió la mano para que Candela se la estrechara.

—Yo, Candela —dijo mirando la mano de él; de forma natural, le tendió la mano que él estrechó de manera cálida pero firme.

—Tu perro se llama Dado, ¿verdad? —preguntó él, que se acordaba del día anterior.

—Sí…, bueno, en realidad, se llama Hacendado, pero se lo acortamos y le llamamos Dado. Hacendado, depende de sí estoy enfadada con él o no.

—Pues ayer estabas bastante enfadada entonces —afirmó Mateo riendo.

—Sí, un poco, me despisté y no sabía dónde estaba —aseguró Candela sin dejar de mirar a su perro, que estaba escarbando un agujero en el suelo.

—Bueno, Candela, un placer, voy a seguir con lo mío —dijo Mateo a modo de despedida, se volvió a colocar los auriculares en los oídos y prosiguió corriendo hasta que estuvo a la altura del perro de Candela, se detuvo sin dejar de trotar, le acarició un momento y prosiguió corriendo. El perro le siguió durante un trecho.

—¡Dado! —gritó Candela para atraer la atención de su perro. No era plan de ir corriendo tras Mateo.

El perro acudió raudo a la llamada de su dueña, Candela se agachó, le acarició y le puso la correa. Era hora de regresar a casa.

Ese día volvía más contenta de la cuenta, Mateo —ya sabía su nombre—, le había parecido un chico bastante majo el primer día, pero ahora podía confirmarlo. No pudo evitar mirarse al espejo en cuanto llegó a casa, ese día llevaba unos pantalones de chándal bastante anchos y un polar que tampoco era demasiado sexy ni sensual. Se puso la mano en la cabeza, se mordió el labio y se encogió de hombros. No podía hacer otra cosa. No diría nada a Estrella, porque sabía cuál sería su reacción.

Capítulo 4

En cuanto Candela entró en casa, supo que algo pasaba. Toño estaba allí, el olor de su perfume la había azotado nada más entrar. Las voces se oían en la habitación de Estrella, Candela prefería no saber, pero era inevitable escuchar la discusión. Ninguno de los dos daba su brazo a torcer y el tono era bastante bronco. Candela se metió en su habitación, no quería molestar, además esas situaciones la incomodaban bastante, ella nunca buscaba el enfrentamiento, para ella era mejor dejar pasar las cosas. Que la tomaran por idiota, quizás, pero no discutía con nadie, no era nada belicosa y, en muchas ocasiones, la avasallaban y la intimidaban, pero no sabía reaccionar como el contrario. Ella era partidaria de hablar y aclarar cualquier asunto de forma sosegada y, si no se podía, lo dejaba estar.

Un portazo hizo mover los cimientos de la casa. Candela sabía que Toño había salido, la cuestión era cómo habría dejado a su amiga; seguramente mal. No se lo pensó. Salió de su habitación y fue hasta la de Estrella, llamó a la puerta y esperó en el pasillo a que su amiga le diera permiso para entrar.

—Pasa —dijo Estrella.

—¿Cómo estás? —preguntó Candela tomando asiento en la cama deshecha de Estrella.

Estrella miró a Candela con lágrimas en los ojos. Sobraban las palabras. Candela abrió sus brazos y Estrella se lanzó a ellos de forma desesperada, lloraba desconsolada, no hablaba y Candela tampoco lo hacía. Esperaría a que ella se desahogara si era eso lo que necesitaba. Las dos amigas estuvieron un rato largo

abrazadas, en cuanto Estrella se calmó un poco, se deshizo del abrazo y comenzó a hablar.

—Ayer discutimos, hoy ha venido para arreglarlo y parecía que todo iba bien, de hecho, hemos echado un polvo colosal —admitía incrédula por cómo se había desencadenado todo después—. Pero luego, no sé por qué, se ha vuelto a torcer la cosa y, bueno…, creo que… ya sabes cómo ha terminado todo —añadió Estrella sin respirar—. A veces no entiendo nada…, no sé lo que hago mal o qué es lo que le molesta tanto —concluyó frustrada, una mueca en su cara era el indicativo de que podía ponerse a llorar en cualquier momento.

En ese momento Candela habló, sabía que no debía, pero estaba un poco cansada de la situación que estaba viviendo su amiga de forma más o menos continua.

—Quizás el que lo hace mal es él —afirmó con mucha cautela—. Tú pones todo de tu parte para que las cosas vayan bien y él no hace nada al respecto —apostilló envalentonada. No soportaba ver a su amiga así.

—¡Esta vez he tenido yo la culpa! —sentenció Estrella a la defensiva, seguía justificando la actitud de Toño por encima de todo.

—Esta vez puede ser, Estre, pero no es la primera vez que discutís tan acaloradamente —afirmó Candela intentando que su amiga reflexionara acerca de su relación.

—¡Voy a llamarlo y a pedirle perdón! Ha sido mi culpa y debo ser yo la que lo haga —explicó con vehemencia Estrella levantándose como un resorte.

Candela se levantó también, movió la cabeza en un signo de decepción total y se fue. Su amiga no veía más allá, su enamoramiento era tal que podría llegar a ceder, perdonar y arrastrarse ante Toño tantas veces como fuera necesario. Hasta que ella misma no se diera cuenta de que esa relación no le aportaba nada bueno y que no tenía futuro, poco o nada podía hacer.

Candela preparaba la cena cuando Estrella entró en la cocina. Parecía una chica diferente a la que había visto tan solo unos minutos antes. Se había duchado, y en su cara no había signo alguno de sus lágrimas.

—Tortilla francesa —dijo Candela mientras ponía la mesa.

—Muy bien —contestó Estrella con otro tono de voz mucho más alegre—. ¿Qué tal el paseo con Dado? —preguntó como si nada.

—Bien —respondió Candela con una sonrisa espontánea en la cara que la delataba.

—¿Has vuelto a ver al chico de ayer? —cuestionó Estrella, que había visto el cambio de expresión en la cara de su amiga. Era increíble como Estrella captaba esos cambios y, sin embargo, era incapaz de ver que la relación que mantenía con

Toño era tóxica.

—Sí —dijo sin más—. Se llama Mateo —afirmó tímida.

—¡Vaya, vaya, con Candelita! —dijo Estrella mofándose de ella—. Al final va a ser verdad eso de que se liga más cuando tienes perro o vas con un niño pequeño —argumentó con sorna.

—Pues de todo eso que has dicho tengo lo que quieras, niños para aburrir en la guardería y a Hacendado —afirmó Candela riendo.

—Sí, sí, ya veo. Al final vas a ser una ladrona de corazones —dijo Estrella riendo.

—No te pases. Solo me ha dicho su nombre y que debo atar al perro, nada más. —explicó Candela, que sabía que esa era la realidad. No había nada más.

—¿Ibas con esa pinta? —le recriminó.

Candela se miró a sí misma como si no supiera lo que llevaba puesto, más que nada para hacer tiempo y encontrar una respuesta convincente.

—Eh… —dudó. Ya no había escapatoria, levantó los hombros y asintió.

—¡Ya te vale! A partir de mañana, ya puedes ponerte un poco más mona para salir a pasear —ordenó Estrella levantándose de la silla de forma impetuosa.

Candela no dijo más, si pensaba que iba a arreglarse e ir disfrazada a pasear a su perro, lo llevaba claro, no iba a hacer eso. Dejaría que Estrella se olvidara de todo e iría como todos los días. Con su ropa cómoda.

Estrella se despidió de ella y se fue a trabajar, Candela puso la televisión y estuvo viendo una serie hasta que el sueño la venció, ni siquiera terminó de verla, estaba cansada y tenía que madrugar. Apagó las luces y se metió en la cama. Un leve pensamiento pasó por su cabeza antes de sumergirse en un sueño profundo: Mateo.

Capítulo 5

Candela salía de casa cuando Estrella llegaba del trabajo. No sabía por qué extraña razón, esa mañana, o bien a ella se le habían pegado las sábanas o era Estrella la que llegaba más tarde de lo habitual.

—Buenos días y adiós —saludó Candela mientras montaba en su bici.

—Buenos días y adiós —contestó Estrella repitiendo el saludo—. Hoy ni desayuno, me meto directa a la cama.

—Vale, descansa. Luego nos vemos —respondió Candela.

—Chao.

Candela pedaleaba mientras tarareaba una canción que había llegado a su cabeza sin saber por qué, el frío de la mañana cada vez era mayor y, a esas horas sobre todo, pero mientras no lloviera, seguiría yendo a trabajar en bici. Esperaba paciente como un vehículo más en los tramos donde no había carril habilitado, y en los que podía, aceleraba el ritmo. Siempre llegaba bien de tiempo a la guardería, a no ser que hubiera algún accidente, o algún atasco por cortes de calles o algo parecido. Con la bici era más fácil escabullirse y evitar colas.

La guardería en la que trabajaba era relativamente nueva, tres años, más o menos el tiempo que llevaba ella allí, no estuvo en la inauguración, pero prácticamente; era de las veteranas. Y estaba encantada con su trabajo. Era su pasión. Los niños eran los seres más maravillosos del mundo, mostraban su gratitud con pequeños gestos que siempre eran bienvenidos. Los papás estaban encantados con la predisposición de Candela para todo, se veía que le apasionaba todo lo que hacía. Con los pequeñines se deshacía en cariño y en amor, y a los

más mayores les enseñaba todo cuanto sabía, eran esponjas dispuestas a absorber todo lo que les quisiera enseñar, y allí estaba ella. Se extralimitaba en sus funciones, lo sabía, pero era feliz con su día a día. Además, nunca se aburría, siempre sucedían cosas nuevas que hacían de su trabajo algo dinámico y nada monótono.

Cuando terminó su jornada, volvió a casa. Tenía hambre, y después de recoger iría de paseo con Hacendado, no sabía por qué, pero la apetecía volver a hablar con Mateo. Ese chico le había caído bien desde el primer día.

Comió con Estrella y, en cuanto recogió, fue hasta el parque. Los días iban siendo cada vez más nublados y fríos, pero aún se podía pasear sin ponerse abrigo o cazadora. Dado estaba encantado con su paseo, por la mañana solía ser corto, para hacer sus necesidades y poco más, pero el de la tarde lo disfrutaban bien. Normalmente Estrella acompañaba a Candela, pero cuando se lo permitían sus turnos. La semana de noche era prácticamente imposible porque aprovechaba el tiempo para dormir, principalmente.

Candela ese día llevaba unos *leggins* negros y una camisa vaquera que la servía de vestido, no había elegido su indumentaria con premeditación, pero se podía decir que iba un poco más arreglada que otros días. Por lo menos, algo menos ancha. Pero es que ella era feliz con ese tipo de ropa, aunque Estrella le recriminara su aspecto, para ella era la comodidad lo que primaba en su elección final.

—¡Hola! —saludó Candela cuando se cruzó con Mateo, él iba corriendo y resoplando.

Sorprendentemente, Mateo no paró, movió la mano en un gesto de saludo y siguió corriendo. Candela no se lo tomó a mal, siguió con su paseo con Dado como si tal cosa. Al cabo de un rato, Mateo apareció a su lado, ya iba mucho más sosegado, se veía que había dejado de correr y había recuperado el aliento.

—Hola, Candela, perdona por lo de antes, es que iba haciendo mi rutina y no podía parar —explicó solícito.

—Ah, no lo sabía, no pasa nada —convino Candela moviendo los hombros.

—Me estoy preparando para ser policía nacional y ¡claro! tengo que cumplir ciertos requisitos en cuanto a pruebas físicas.

—Entiendo —asintió Candela—. Son duras, ¿no?

—Bueno, más o menos, quiero formar parte de los cuerpos especiales —explicó Mateo con orgullo—, pero primero, antes de la especialización, tengo que aprobar el examen teórico y el físico.

—¡Vaya! Cuerpos especiales, eso suena a algo serio y duro —afirmó Candela sorprendida mirando casi por primera vez al chico que estaba a su lado.

—Bueno, es lo que me gusta, y cuando algo te gusta, tienes que ir a por ello, hacer lo posible por conseguirlo —afirmaba Mateo con devoción.

—Eso es verdad —respondió Candela convencida, y es que era algo que tenía muy presente—. Para mí, mi trabajo también es algo que quise hacer desde siempre, no cejé en el empeño y, al final, trabajo en lo que me gusta —explicó Candela entusiasmada.

—¿Dónde trabajas? —quiso saber el aspirante a policía.

—En una guardería, mis niños son lo que más me llena en este mundo. Me encanta compartir mi tiempo con ellos —afirmó henchida de orgullo.

—Se ve que te apasiona lo que haces —comentó Mateo, que se había percatado de que ella vivía todo lo que contaba.

—Sí, me gusta mucho, tengo la suerte de trabajar en algo que me entusiasma, y eso es casi más importante que el dinero que pueda ganar —confesó la maestra.

—Eso está muy bien —dijo Mateo—. Bueno, Candela, me alegro de haberte visto, voy a seguir un rato más, que me quedo frío.

—Sí, sí, adelante —contestó Candela despreocupada.

—Igual mañana nos vemos —afirmó Mateo emprendiendo la marcha.

—Puede ser —murmuró ella, que se agachaba para atender a Dado.

En cuanto llegó a casa, Dado fue hasta su comedero, el que tenía en el patio, allí se despachó a gusto mientras Candela entraba en casa. Estrella acababa de levantarse. No sabía muy bien en qué condiciones estaría después de su enésima discusión con Toño. Con el tono de voz lo averiguaría en pocos minutos.

—¿Quieres una infusión? —preguntó Estrella.

—No, no estoy enferma —afirmó Candela—, un café con leche sí me tomo.

—No tienes por qué estar enferma para tomar una infusión, sabes que hay más cosas que la manzanilla —argumentó Estrella repitiéndole la misma explicación que siempre daba cuando hablaba de infusiones.

Ella era una apasionada de ellas y tenía para casi todas las dolencias y estados de ánimo, de todos los tipos y sabores. Pero a Candela no le gustaban.

—Lo sé, pero no me gustan —admitió sentándose a esperar a su café.

—Vale, ¿qué tal el paseo? —preguntó, esta era la suya. Hoy reconocía que estaba un poco mejor vestida que otras veces.

—Bien, he hablado un rato con Mateo —confesó sin más.

—¡Bueno, bueno! Esto se pone interesante —contestó Estrella con retintín.

—No busques cosas donde no las hay —aclaró Candela de forma tranquila.

—Ya es hora, amiga, de que pongas fin a la sequía sentimental que te afecta —dijo Estrella queriendo picarla.

—Estoy bien así, y si tengo sequía sentimental, como tú dices, es porque quiero —añadió un poco a la defensiva.

—¡Cómo te pones, hija! —contestó molesta ante el tono usado por su amiga —. Pero estarás conmigo en que un buen meneo no viene mal de vez en cuando.

—Sabes que no soy así, eso de un meneo porque sí no va conmigo. Tiene que haber algo —explicó Candela con sinceridad absoluta.

—¡Qué rancia eres, hija! Disfruta de la vida, que son cuatro días —espetó Estrella.

Candela la miraba y no decía nada, ella daba consejos que luego no se aplicaba a sí misma, pero como siempre, callaría, no era quién para juzgar a nadie. Cada uno más o menos elegía la vida que quería, sobre todo en cuestiones de amistades y amoríos.

—Seguro que soy una rancia, pero es como soy. No voy a cambiar ahora.

—Vale, no voy a discutir contigo, ¡tú sabrás! —zanjó Estrella, que había intuido que su amiga no quería seguir con la conversación. Y es que Candela era muy reservada con sus sentimientos. Nunca aireaba sus amoríos y no contaba demasiado de su vida privada.

La conversación terminó ahí. Cada una siguió con sus cosas.

Capítulo 6

Otro día más, la misma rutina de siempre, cena y a dormir, pero esa noche Candela estaba especialmente inquieta. No dejaba de pensar en Mateo, sabía poco de él, apenas su nombre y que estaba preparándose para ser policía nacional, en algún cuerpo especial. Nada más, que entrenaba en el parque donde ella paseaba y ya. No sabía dónde vivía, si trabajaba aparte de estudiar, pero en realidad, él tampoco sabía mucho más de ella: su nombre, que trabajaba en una guardería y que su perro se llamaba Hacendado. Era poco, pero ese chico estaba empezando a gustarle. Hacía tiempo que no se enamoraba y que no estaba con nadie. En realidad, demasiado, porque ella quería, no era de aquí te pillo aquí te mato. Quizás fuera un poco antigua en ese aspecto, pero ella era así. Era bastante sensible, y le costaba coger confianza y abrirse a los demás. Además, estaba convencida de que aún seguía enamorada de su ex, Bruno. La relación duró bastantes años pero, de buenas a primeras, él decidió que ya no más y la abandonó. Como casi siempre, Candela intentó hablar con él e intentar solucionar las cosas, pero él no estaba por la labor. No hizo nada más por retenerlo a su lado. Era incuestionable que la relación había acabado. Ella funcionaba así: si él había tomado esa decisión, la respetaría. ¿Que sufrió? mucho, pero no buscaba enfrentamientos y no quería agobiar a Bruno. Él había dicho su última palabra, y aunque a ella le hubiera gustado continuar con esa historia, todo había acabado entre ellos. Las razones todavía no las sabía muy bien, pero poco importaba ya. Bruno era cuestión del pasado, aunque a veces volvía a recordar con cierta nostalgia momentos vividos con él. Era inevitable, no le guardaba rencor alguno;

en ese aspecto quizás siempre había sido un poco conformista, se arreglaba bien con lo que le ofrecían, nunca exigía más de lo que le daban. Bruno había decidido alejarla de su lado, y así lo tomó. No pedía más explicaciones. Lo estrictamente necesario.

Ahora estaba empezando a ilusionarse con Mateo, no sabía por qué, quizás su momento era ese y, hasta entonces, no había estado receptiva para el amor. No lo sabía. De momento no diría nada, era algo que estaba empezando a nacer en su interior, pero no estaba aún convencida de que fuera algo a largo plazo.

—Buenos días, Candela —dijo Estrella entrando por la puerta.

—Buenos días, Estrella, ¿qué tal la noche? —preguntó mientras miraba el aspecto de su amiga. Aunque volviera de trabajar, siempre emitía una imagen de seguridad en sí misma y elegancia.

—Bien, se me ha pasado relativamente rápido, aunque empiezo a arrastrar el cansancio de toda la semana —explicó sentándose mientras veía a Candela afanar en la cocina.

—Normal, esta es la última noche, y después tienes el fin de semana para descansar.

—Sí, sí, ¿vamos a salir este fin de semana? —preguntó la compañera de casa de Candela.

—No lo sé, como veas, ¿has quedado con Toño? —quiso saber, no sabía muy bien cómo estaban las cosas entre ellos.

—Pues no lo sé, la verdad, te voy contando según vaya viendo los acontecimientos —afirmó levantándose y dando el último trago a su café con leche.

—Vale, descansa —deseó Candela, era hora de ponerse en marcha.

—Luego te veo.

Candela cogió su bici y, en pocos minutos, estuvo en su lugar de trabajo. Era entrar allí y cambiar el chip, en ese momento solamente importaban sus niños. Esos pequeños seres que sus padres le confiaban a ella y a sus compañeras para su cuidado.

El día transcurrió de la forma habitual, llegó a casa, comió con Estrella y fue a su paseo. Cada vez iba más contenta, ahora tenía una excusa para estar más tiempo con Hacendado, y esa excusa no era otra que Mateo.

Hacendado corría, se revolcaba y perseguía cualquier bicho que saliera entre las ramas de los árboles o entre las plantas, él era así, un perro muy activo que necesitaba correr.

—Hola, Candela —saludó Mateo, sin dejar de trotar parado en el mismo lugar en el que se habían encontrado.

—Hola, Mateo, ¿qué tal? —preguntó con una sonrisa abierta.

—Muy bien —contestó jadeando—, voy hasta allá y vuelvo —añadió señalando un punto imaginario.

—Vale, estoy por aquí —dijo Candela.

—No tardo —prometió alejándose.

Dado siguió tras él unos metros, hasta que Candela lo llamó, no quería que el perro interfiriera en su rutina, y él era muy dado a cruzarse por delante. Tal y como prometió Mateo, a los pocos minutos estaba de nuevo al lado de ella.

—¡Ya estoy aquí!

—¡Qué rapidez! —confirmó Candela viendo cómo pequeñas gotas de sudor perlaban la frente de Mateo.

—De eso se trata, de hacerlo en el menor tiempo posible.

—Lo tienes todo bien calculado —afirmó Candela pensativa.

—Más o menos, ya voy controlando las distancias en este parque, antes corría en otro y había mucha más gente, tenía que modificar el ritmo cada poco y no estaba cómodo. Aquí estoy mucho mejor —explicaba el aspirante a policía de forma gráfica.

—Sí, la verdad es que está poco aprovechado, somos pocos los que venimos por aquí, pero para mí mejor, así Dado puede correr a sus anchas —afirmó Candela acariciando al chucho, que había vuelto a ella al oír su nombre.

—Además es más técnico, los pequeños repechos y las avenidas de tierra son mucho mejores para correr —apostilló Mateo, que proseguía con su explicación de por qué era mejor ese parque y no otro.

—No tengo ni idea —admitió Candela encogiéndose de hombros—. Yo, deporte poco, nada más la bici para ir a trabajar —añadió un poco avergonzada.

—Bueno, ya es algo —dijo él quitando hierro al asunto.

—Sí, por lo menos me muevo. En la guarde también, pero de otra manera, la verdad —admitió. Tal vez era momento de ponerse en forma o hacer algún tipo de actividad más allá de sus cortos paseos en bici y los que daba con su perro.

—Eso está muy bien —dijo él—. Candela —añadió para atraer su atención—, ¿qué haces este fin de semana?

—Pues todavía no lo sé, no he hecho planes, ¿por? —inquirió de forma desinteresada.

—¿Te gustaría cenar conmigo? —preguntó Mateo seguro de sí mismo.

—¡Vale! —contestó ella de forma espontánea. Como no sabía muy bien los planes de Estrella, decidió que cambiar un poco de ambiente no estaría mal.

—¡Hecho entonces!, mañana te digo hora y todo lo demás, ¿vale? —confirmó Mateo pletórico.

—Vale, sin problema —contestó Candela moviendo la mano para quitar importancia al asunto.

—Me voy, que tengo que continuar. Mañana hablamos.

—De acuerdo, hasta mañana —se despidió encantada con su nuevo plan.

Capítulo 7

Candela llegó a casa con una sonrisa bobalicona en la cara. Estrella, en cuanto la vio, supo que había vuelto a ver a Mateo.

—Bueno, bueno, Candelita —decía Estrella. Cuando la llamaba por su diminutivo, era que iba a soltar alguna maldad—. ¡Qué contenta vienes!

—Pues sí —afirmó ella encogiéndose de hombros.

—Has vuelto a ver a Mateíto, ¿eh? —inquirió queriéndola sonsacar.

—Sí, lo he visto —espetó rápidamente para cortarla, no quería que se metiera con ella.

—Bueno, bueno, esto promete, ¿y? —preguntó queriendo saber más.

—Y nada más —cortó Candela queriéndose escabullir. Sabía que Estrella era muy insistente cuando quería.

—Por cierto, Candela, este fin de semana he quedado con Toño, todo el fin de semana —recalcó queriendo que su amiga entendiera que no iba a estar disponible.

—No hay problema —admitió Candela. Mucho mejor para, ella así podía salir a cenar con Mateo sin la presión que podría ejercer su mejor amiga sobre ella. Candela sabía que lo hacía por su bien, pero a veces era demasiado cargante. Sobre todo, en cuanto al aspecto físico.

Solían salir juntas los fines de semana, pero cuando Estrella tenía plan con Toño, Candela estaba un poco descolgada. Tenían más amigas en común con las que salir, pero casi siempre terminaban ellas dos solas.

Las dos amigas cenaron juntas. Estrella estaba ilusionadísima con sus planes

de fin de semana, Candela asentía y veía la emoción de su amiga, pero algo le decía, como siempre, que la euforia no iba a durar demasiado. Y es que parecía que su amiga no veía más allá de sus narices, para el resto de las cosas era muy espabilada y pillaba todo al vuelo, pero en cuestiones personales no veía venir el peligro. Candela esperaba paciente cada vez que una nueva decepción llamaba a la puerta de su amiga; allí estaba ella para consolarla y animarla. También estaba convencida de que tenía que ser ella y solo ella la que se diera cuenta de las cosas. Por muchos consejos que le diera, no iba a ver lo que le decía. Estaba ciega de amor. Un falso amor, una relación tóxica que la estaba destruyendo por dentro. Toño era una persona manipuladora, que se aprovechaba del estado de Estrella para hacer con ella prácticamente lo que le apetecía. Ella solo veía cosas buenas de él, lo tenía idealizado y eso distaba mucho de la realidad. Tenían un tira y afloja continuo, eran pasión pura tanto para lo bueno como para lo malo. Sus encuentros íntimos eran casi tan intensos como sus acaloradas peleas. Dos personas con caracteres muy fuertes que chocaban. Casi siempre era Estrella la que cedía; por mucho orgullo y carácter que mostrara, al final todas esas fortalezas eran anuladas por Toño que sabía llevarla a su terrero haciéndole ver las cosas como él quería.

Candela se metió en la cama con una sonrisa de oreja a oreja. Pensaba en cómo sería su cena con Mateo. No sabía nada de él, pero su comportamiento le había parecido siempre correcto. Si el aspirante a policía pensaba que en la primera cita conseguiría algo, estaba muy equivocado. Candela no era así, no era una chica que se acostara con el primero que le decía algo. Siempre debía tener algún sentimiento de por medio. Había intentado en alguna ocasión hacer de tripas corazón, cerrar los ojos y aceptar la primera invitación de un hombre sin pensar demasiado en las consecuencias, pero al final siempre se echaba para atrás. No podía.

Con Mateo ni siquiera se lo planteaba; que le estaba empezando a gustar mucho era la verdad, pero de ahí a dar el siguiente paso, tendría que esperar un tiempo. Si él de verdad quería conseguir acostarse con ella, debería trabajárselo. Quien la quisiera tendría que ser insistente, no por el afán de que estuvieran camelándola y sentirse de alguna manera poderosa, no tenía nada que ver con eso. Ella necesitaba estar segura y saber que la otra persona tenía un verdadero interés en ella, no solo algo físico de lo que después olvidarse o alardear delante de sus amigos.

Pensando en la hipotética cita que tendría con Mateo, se quedó dormida.

A la mañana siguiente se levantó, se dio una ducha y fue hasta la cocina a preparar su desayuno. Hacendado se movió, esa era la señal de que Estrella

llegaba a casa.

—Buenos días, Estrella, ¿cómo estás?

—Cansadísima —admitió—, pero esta noche me he reído como nunca. Tengo unos compañeros de trabajo que son la bomba, no paraban de decir estupideces y no he parado de reír —explicaba Estrella gesticulando.

—Bueno, pues mejor, así se te habrá pasado la noche volando.

—La verdad es que sí, ya podían ser así todas. Me lo he pasado genial.

—Reír es bueno para todos, tendríamos que hacerlo más a menudo, pero nos empeñamos en complicarnos la vida unos a otros creando malos rollos —afirmó Candela como si tal cosa.

Las palabras de Candela hicieron pensar a Estrella, sabía que su amiga no lo decía para ofenderla, pero quizás sí que se había sentido un poco agredida. Lo que había expresado podía hacer referencia a su relación con Toño o quizás no. No estaba segura pero, conociendo como conocía a Candela, que era el ser más bueno que había bajo las estrellas, estaba segura que no podía haberlo dicho con malicia. Ella no era así para nada.

Capítulo 8

Candela llegaba, como siempre, con un hambre atroz. El día había sido más duro que de costumbre, apenas había tomado un café a media mañana. Normalmente comía algo de fruta o algún fruto seco, pero ese día se habían complicado las cosas y nada de eso había ocurrido.

—Estrella, ya estoy en casa —saludó Candela en voz alta tras saludar a Dado, que movía la cola contento de que su dueña estuviera en casa.

—¡Cande, la comida está lista! —contestó Estrella con el mismo tono de voz.

En cuanto Candela entró, se lavó las manos en el fregadero y se sentó a comer. Estrella había hecho arroz a la cubana, un plato que a Candela le encantaba. Comieron de forma agradable comentando su día a día. En cuanto terminaran, Estrella se arreglaría e iría a pasar el fin de semana completo por ahí, no sabía muy bien los planes que le tenía preparado Toño, pero estaba entusiasmada con la idea. Por su parte, Candela saldría a su paseo y al encuentro de Mateo, tenía que concretar la hora y el día exacto de su cena. Estaba expectante.

—Hola, Mateo —dijo Candela sorprendiéndolo mientras estaba haciendo estiramientos en un banco del parque—. ¿Qué tal el día?

—Hola, Candela, bien, aquí estoy dándolo todo —contestó riendo y haciendo reír a Candela.

—Ya veo, ya —respondió sin saber muy bien qué más añadir, solo podía mirar a Mateo.

—Mañana cenamos, ¿de acuerdo?

—Vale —aceptó Candela encantada de obtener la información sin tener que preguntar demasiado.

—Me paso a recogerte por tu casa a eso de las nueve —añadió Mateo sin más.

—No es necesario, si quieres voy yo a donde me digas —se ofreció Candela, que no quería importunar lo más mínimo.

—Nada de eso, me paso por tu casa y no se hable más —afirmó Mateo seguro de sí mismo, parecía que se había puesto muy serio, pero terminó la frase con una sonrisa que denotaba lo contrario.

—Vale, como quieras —aceptó ella levantando los hombros.

Prosiguieron un rato más hablando, Candela le dio la dirección de su casa y después se separaron. Él seguiría con su entrenamiento y ella seguiría de paseo con su perro. La sensación para Candela era como si estuviera levitando, era raro, nada más una cita para cenar, pero estaba así de entusiasmada con su plan. Podría salir bien como podría salir mal, pero algo le decía que la cena sería agradable. O, por lo menos, eso esperaba.

Llegó a casa cansada; entre que el día había sido duro y que el paseo había sido más largo que otras tardes, el cansancio se acumuló en ella. Hacendado estaba también cansado, pero contento de que su dueña lo sacara tanto tiempo fuera de casa. No tenía problema con eso: normalmente, cuando las dos salían de casa, dejaban al perro en el patio, allí tenía todo lo necesario, una caseta, comedero y bebedero y algo de espacio para correr si quería. No era mucho, pero eso era mejor que estar encerrado en una casa todo el tiempo.

Candela se sentó de forma pesada en una silla en la cocina tras haberse lavado las manos en el fregadero y haber colgado la correa que apenas había utilizado. La llevaba por apariencia más que por uso, pero era mejor así.

Se quedó mirando a un punto fijo pensando en sus cosas. Tras unos minutos así, con la mente prácticamente en blanco, se levantó como un resorte: tenía que mirar en su armario. Si iba a tener una cita tendría que ver qué se podía poner. En la habitación, frente a su armario, resoplaba confusa, nada le cuadraba, todo era ropa ancha, como decía Estrella. Se acordó que tenía un par de vestidos, en cuanto los sacó del armario y se los puso por encima del cuerpo para ver el efecto que tenían sobre ella mirándose al espejo, entendió todo. Como decía Estrella, parecía un saco de patatas, eran bonitos pero muy anchos, no marcaban nada su silueta, no era que de repente quisiera ir provocando e insinuando su cuerpo, nada de eso. Era que, apenas se apoyaban en él, había tanta tela que en realidad era lo que parecía: un saco de patatas. Uno de ellos tenía un corte globo, con la falda abullonada y la parte del cuerpo bastante ancha, lo desechó; el otro era

largo, hasta los pies, tenía mucha caída y ese era la viva imagen de un hábito de monja en toda regla. Tampoco le gustaba, pero era de lo mejor que tenía. Si no optaba por el vestido, tendría que decantarse por pantalones, buscando algo que no fuera ropa deportiva, vaqueros, o *leggins*. Tampoco la motivaban en absoluto: vaqueros anchos, desgastados, algunos un poco más ceñidos…, pero nada la convencía. Y para la parte de arriba ocurría algo parecido: sudaderas, camisetas anchas, camisas dos o tres tallas más… Nada reseñable. Tenía un armario bastante pobre, porque se podría decir que no tenía ni fondo ni nada.

De repente, se le ocurrió algo: fue hasta la habitación de Estrella y, con mucho cuidado, abrió su armario. Se sentía hasta mal por hacerlo, se sentía como si estuviera profanando algo sagrado. Sabía que si ella estuviera en casa la habría asesorado y se habría prestado a ayudarla sin problema, pero el caso era que ella había salido con Toño todo el fin de semana, así que tendría que arreglárselas ella sola. Husmeando encontró varias cosas que eran bonitas y no demasiado provocativas, se las puso por encima como había hecho minutos antes con su ropa y el efecto fue totalmente diferente, aunque tampoco estaba convencida. Desistió de la idea. Tenía todo un día para pensarlo, aunque tampoco demasiado. Al final, iría como casi siempre.

Capítulo 9

El día había llegado, Candela no daba mucha importancia al hecho de ir a cenar con un chico, en realidad era eso, una cena. Con un chico guapo, simpático y amable. Todo parecía perfecto, pero no veía más allá de eso. Que le estaba empezando a gustar era notorio, pero tampoco quería hacerse demasiadas ilusiones: los príncipes azules no existían, y alguno, si existía, también desteñía a la primera de cambio o perdía su color con el tiempo.

El día lo tuvo entretenido, entre recoger, planchar e ir al supermercado había ocupado prácticamente toda la mañana y la tarde la había dedicado, principalmente, a pasear a Hacendado. No había tenido suerte y no había visto a Mateo pero, siendo fin de semana, era raro.

Tras el paseo se duchó tranquilamente, se arregló, mejor dicho, se puso lo de casi siempre: unos vaqueros más o menos ajustados y una camisa que tenía por ahí, una de las que más se ajustaban a su silueta. En los pies, unas botas planas y un moño informal en la cabeza. Siempre llevaba el pelo recogido, se había acostumbrado a ello y no se veía bien de otra forma. Si Estrella la estuviera viendo, seguramente no la dejaría salir de casa con semejante pinta, no iba mal, iba correcta pero, según su amiga, esas no eran formas de salir a cenar con un chico.

A las nueve en punto, Hacendado ladró. Poseer un perro era el mejor timbre que uno podía tener. Candela de sobra sabía que ese ladrido significaba que alguien se acercaba, o que incluso ya estaba en la puerta de casa. Así fue. El timbre sonó. Tras una última mirada en el espejo, Candela acudió a abrir.

—Hola, Candela, ¡menudo guardián tienes! —dijo acariciando a Hacendado, que se asomaba tras su dueña.

—Hola, Mateo, él me avisa de que alguien viene, es muy buen compañero —afirmó sin más—, pero ahora, señor, usted se va a quedar cuidando la casa, que yo voy a salir —explicó dirigiendo su voz hacia el animal, que la miraba como entendiendo lo que le estaba contando.

—¿Vamos? —preguntó Mateo.

—¡Vamos! —afirmó Candela siguiendo a Mateo.

Mateo sacó del bolsillo de sus pantalones vaqueros una llave que accionó, al poco, unas luces naranjas se iluminaron, eran las de su coche. Un BMW azul marino precioso, pensó Candela. Entraron en el vehículo y un aroma fresco inundó las fosas nasales de Candela, olía a ambientador, pero no un ambientador de esos fuertes y empalagosos. Era algo fresco que daba sensación de limpieza. Mateo arrancó el coche, señalizó la maniobra y se sumergió en el tráfico de la ciudad.

—¿Cuándo tienes los exámenes? —preguntó Candela.

—En pocos meses, estoy deseando de hacerlos ya —contestó él.

—Me imagino, es duro estar preparándose sin saber la fecha exacta —afirmó ella mientras miraba cómo de concentrado iba Mateo.

—Sí, bueno, estoy muy motivado, la verdad, es lo que realmente me gusta, lo que pasa es que todo lleva su proceso. Lo primero es aprobar la oposición y, una vez que salga de la academia, tengo que esperar aproximadamente un año para poder presentarme a una de las plazas de cuerpos especiales —explicaba Mateo entusiasmado.

—¡Vaya! Entonces es una carrera de fondo —aseguró Candela sorprendida, no tenía ni idea de cómo iba aquello.

—Sí, esas pruebas sí que son realmente duras, y no son muchos los que la superan, pero lo voy a intentar —afirmó seguro de sí mismo.

—¿A qué cuerpo especial quieres presentarte? —preguntó ella mientras se atusaba el moño informal. Frunció el ceño, ese peinado no era sofisticado, quizás su elección no había sido la mejor.

—A los GEO —confirmó.

—¡Vayaaa! Apuntas bien alto —afirmó sorprendida, la respuesta de Mateo era, cuanto menos, impactante. Oír decir que era GEO era algo verdaderamente importante.

—Sí, bueno, esa es la teoría, igual si apruebo me acomodo y no sigo —dudó.

—No sé por qué me da que lo vas a intentar —afirmó Candela sonriendo.

—Jaja —rio Mateo—, no sé por qué me da que sí.

Siguieron hablando hasta que llegaron a una zona más o menos céntrica. Mateo dejó el coche en el garaje de un edificio y bajaron. Después, él le indicó a Candela por dónde tenían que ir, subieron a un ascensor y, en el cuarto piso, se encontraba la casa de Mateo.

—Pensé que íbamos a cenar en un restaurante —comentó Candela distraída.

—¿Te molesta que lo hagamos en mi casa? —preguntó él algo confundido.

—No, para nada —negó encogiéndose de hombros—. En tu casa está bien —aceptó Candela, que era de buen parecer y fácil de conformar.

—Espero que te guste lo que te he preparado para cenar y mi casa —respondió algo inseguro.

—¿Has cocinado tú? —preguntó Candela.

—Sí, no se me da muy bien —reconoció nervioso—. Pero espero que lo que he preparado esté rico. Es algo sencillo. He de confesar que he llamado a mi madre varias veces y he tenido que consultar en alguna parte la receta —confirmó Mateo excusándose.

—No pasa nada, seguro que estará delicioso —dijo Candela queriendo que no se preocupara por nada. Ella era de buen complacer.

Entraron en el piso de Mateo, era un piso no muy grande, bastante moderno. Se notaba que vivía solo y que era bastante masculino en todo, en la decoración sobre todo. Candela recorrió el piso escuchando atentamente las indicaciones de Mateo. Tenía un par de habitaciones, una de ellas era su dormitorio, y la otra la utilizaba para estudiar. Apuntes, libros, el ordenador sobre una mesa y, en un rincón, un banco para hacer abdominales y algunas pesas. Todo estaba enfocado a sus estudios y entrenamiento.

Capítulo 10

Tras unas cuantas horas de viaje, Toño y Estrella llegaron a un pequeño pueblo de la sierra de Salamanca. Un pueblo con un encanto especial en el que pasarían el resto del fin de semana.

Las calles estaban empedradas, eran bastante estrechas y las casas estaban pegadas unas a otras creando un marco incomparable. Aquel pequeño pueblo se conservaba de la misma manera desde hacía siglos. Una de esas grandes casonas que combinaba piedra y madera sería donde se alojarían, era una casa convertida en un hotel rural con mucho encanto.

Estrella estaba entusiasmada, el viaje había ido genial. Toño y ella habían hablado de mil temas diferentes y se habían reído muchísimo. Llegaron al pueblo a media tarde, se instalaron en el hotel y, rápidamente, volvieron a la calle a disfrutar de lo que quedaba del magnífico día. Todavía no había llegado el invierno de forma seria, la temperatura era agradable y se podía pasear llevando solamente una chaqueta gruesa o una cazadora fina.

En aquel lugar se respiraba aire puro y una tranquilidad pasmosa. Los lugareños se mezclaban con los turistas, que para aquella época del año eran numerosos. Pequeñas tiendas de embutidos abrían sus puertas invitando a probar sus ricos manjares; otras de dulces típicos, sacaban a la calle sus mercancías para hacer caer en la tentación a los visitantes; bordados, miel, almendras, un amplio surtido de productos que ofertaban para el que estuviera dispuesto a comprar género de calidad. Se mezclaba lo moderno con lo tradicional. Los lugareños con los forasteros, los idiomas y las razas. Todo en una amalgama cohesionada que

daba vida a aquellos pueblos que estaban a una distancia considerable de las zonas más industrializadas y pobladas.

Tras un corto paseo, decidieron tomar algo por alguna de las cantinas que proliferaban en las angostas calles. Era pronto para cenar, así que harían tiempo antes de buscar el mejor sitio para llenar sus tripas. No tenían prisa ninguna, por tanto, les daba un poco igual tener que esperar o no. Estaban allí en unas minivacaciones improvisadas que tenían todos los visos de ser mágicas y maravillosas. Por lo menos Estrella así lo veía y lo deseaba.

La relación con Toño desde sus inicios había sufrido altibajos muy bruscos. Se habían conocido tiempo atrás y, aunque en un principio sus caminos no seguían hacia el mismo lado, después, comenzaron una relación. Llevaban juntos cerca de tres años y siempre habían sido muy apasionados. Pasión que ponían en todo lo concerniente a su relación. Toño era muy impetuoso, tenía un carácter fuerte y le gustaba quedar por encima de todo y de todos siempre, no le gustaba perder a nada y, si apostaba por algo, sería él y solo él quien ganara. Tenía una pequeña empresa de reformas, era su propio jefe y eso también influía, nadie le daba órdenes y él era el que manejaba sus asuntos, estaba acostumbrado a ser el líder en su trabajo y en su vida personal. El negocio no le iba mal, él era el que llevaba la mayor carga de trabajo, aunque contaba con algún empleado que le solucionaba y le aliviaba, sobre todo en las épocas de mayor trabajo. Toño provenía de una familia humilde, tenía más hermanos con los que mantenía una relación cordial y con los que contaba si le surgía algún problema. Vivía él solo, en un piso que había comprado con sus ahorros y que iba reformando cuando podía o disponía de dinero para hacerlo.

Estrella vivía con Candela desde que se independizó de la casa de sus padres, no vivía mal con ellos, pero había llegado el tiempo de volar. Lo que pudo permitirse al principio fue la casa que compartía con su amiga, entre las dos convirtieron aquella casa en un hogar. Estaba muy a gusto allí, además, el disponer de un patio era un lujo que poca gente podía disfrutar. Ese pasillo más o menos estrecho que era su patio lo habían acondicionado para que formara parte importante de su vivienda. Tenía sus plantitas en sus macetas colgadas de la pared, una barbacoa plegable que usaban sobre todo en verano, y un pequeño sotechado donde Candela guardaba su bicicleta. La casa de Hacendado y un par de sillas y una mesa de plástico de publicidad que les habían dado en un bar. Una era roja y la otra verde, no tenían nada que ver entre sí, pero el colorido, junto con el de las macetas y la ropa cuando la tenían tendida, hacían un lugar alegre y acogedor.

El trabajo de Estrella no era ni el mejor ni el peor del mundo, se había acostumbrado a ello, le daba estabilidad porque tenía un contrato indefinido, pero no le apasionaba. Se podría decir que era su medio de vida, pero no vivía por él. Los turnos cada vez se le atragantaban más, pero eran épocas. En algunas estaba mejor que en otras, todo pasaría y continuaría con su rutina diaria. Además, la relación que mantenía con Candela y su división de las tareas domésticas facilitaban bastante las cosas para ambas. Se habían entendido bien desde el principio y nunca habían tenido problema con eso.

Se conocieron el mismo día que fueron a ver la casa con el casero, Candela llegó un poco antes de la hora acordada y Estrella un poco más tarde, el casero confundió a una con la otra. Se encontraron prácticamente a la misma hora en el mismo lugar. Optaron por ver la casa juntas para sorpresa del casero, y ambas decidieron que les gustaba. Donde podría haber surgido un problema apareció la oportunidad de, primero compartir casa, y después una amistad que duraba desde ese mismo día. Al final, la jugada les salió mejor de lo que esperaban, conectaron y decidieron que viviendo las dos en la misma casa compartirían gastos y el montante que en un principio pensaban desembolsar de forma individual se redujo a la mitad.

Capítulo 11

—Siéntate, Candela —pidió Mateo—, ahora mismo pongo todo para que empecemos a cenar.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció Candela.

—No, no, eres mi invitada —afirmó él despareciendo en la cocina.

Candela observaba el pequeño salón que tenía frente de sí, estaba sentada delante de una mesa cuadrada con un par de sillas enfrentadas, Mateo había dispuesto todo de forma milimétrica. Mantel de tela, servilletas del mismo tejido. Dos copas de cristal, una para el agua y otra para el vino. Los cubiertos brillaban y los platos blancos y sencillos estaban delante de ella.

—¿Qué prefieres: agua, vino o los dos? —preguntó Mateo.

—Por mí agua, no entiendo demasiado de vinos, y no me gusta mucho, pero si te apetece abrir una botella, hazlo —contestó Candela levantando los hombros.

—Agua para los dos —sentenció él sonriendo. Esa sonrisa tan espontánea encantaba a Candela.

—Vale —dijo ella.

—Voy a por el primer plato —contestó Mateo. A los dos minutos volvió a salir de la cocina con cara de circunstancia—. Creo que no va a haber primer plato —admitió de forma tímida—, las verduras gratinadas se han convertido en verduras calcinadas —confesó cortado por el inconveniente que había surgido—. He debido de dejar más tiempo de la cuenta el grill, dado que lo que parecía un poco dorado se ha convertido en bastante quemado —añadió disgustado.

—No pasa nada —respondió Candela queriendo quitar hierro al asunto—.

Pasamos al segundo plato, además, no tengo demasiada hambre.

—Voy por ello —dijo Mateo un poco más tranquilo.

—¡Qué bien huele! —respondió Candela cuando vio a Mateo llegar con una fuente.

—Es solomillo en hojaldre, este plato más o menos lo controlo, y creo que no estará quemado como lo otro.

—Tiene una pinta deliciosa, ya verás como está bien bueno —lo animó ella. Mateo sirvió su porción a Candela, otra para él, y se sentó comenzando a hablar —. Está buenísimo —confirmó Candela relamiéndose tras probar el primer bocado.

—Me alegro que te guste, no soy bueno en la cocina —admitió—. No me disgusta, pero he de reconocer que no es mi fuerte —añadió sincero Mateo.

—No sueles cocinar, ¿eh? —confirmó Candela.

—No, la verdad, vivo donde mis padres, y más ahora que mi madre se ha quedado sola, mi padre falleció hace dos semanas —explicó él algo tristón.

—¡Vaya! ¡Cuánto lo siento! —respondió Candela sorprendida.

—Bueno, él era muy mayor ya, y llevaba varios años enfermo, era algo que iba a suceder tarde o temprano. Es doloroso, pero lo teníamos asumido de alguna manera —añadió algo afligido.

—¿No tienes más hermanos?

—No. Sí…, bueno, —rectificó de inmediato—. Tengo dos hermanos más de la anterior relación de mi padre. Mis padres se llevaban treinta y cinco años de diferencia. Se conocieron en el bufete de abogados donde trabajaban, mi madre entró como pasante y mi padre ya era un abogado reconocido, se enamoraron y, bueno, pues fruto de aquello, aquí estoy yo —comentó sonriendo de forma abierta.

—¡Vaya! —respondió Candela sorprendida por la historia de amor tan peculiar que tenían los padres de Mateo.

—Mi padre ya estaba divorciado cuando conoció a mi madre y tenía a sus dos hijos mayores criados. Nosotros nos llevamos bastantes años también, nos conocemos, pero no mantenemos una relación de hermanos, no tenemos mucho en común, ellos tienen su vida, sus familias, y yo la mía —explicaba Mateo con resignación—. Tengo sobrinos mayores que yo, así que imagínate el contraste de edad.

—¡Increíble!

—Por eso no paso tiempo aquí, esta es mi casa, pero apenas vengo, nada más para estudiar o si salgo alguna noche y se hace tarde.

Ese comentario inocente, dio a Candela la idea de que aquella casa, para

Mateo, además de ser su lugar de estudio, era su picadero particular. Donde llevaba a las chicas que se ligaba la noche en cuestión y donde follaba sin que nadie los molestara. No lo juzgaba, cada uno era de una manera, sin embargo, no le gustaba demasiado la idea que se había formado en su cabeza.

—Aquí vienes a lo que vienes —comentó Candela de forma inocente.

—A estudiar principalmente, Candela, —intervino Mateo sabiendo que Candela se había hecho una idea errónea—. No te creas que cada fin de semana monto una fiesta o traigo a chicas a cenar —aclaró.

—No he querido decir eso —contestó Candela un poco molesta.

—Ya, pero te lo quiero aclarar, apenas salgo, trabajo por las mañanas, entreno y estudio por las tardes. Los fines de semana es cuando aprovecho para estudiar más y, si salgo, es hasta una hora prudencial —especificó. Quería que todo quedara claro entre ellos.

—Estás muy centrado en la oposición —comentó ella confirmando todo.

—Sí, además no sé bailar —admitió él sonriendo tímidamente—, y cuando salgo con mis amigos no sé muy bien qué hacer —se justificó moviendo las manos—. Tampoco bebo demasiado así que, se podría decir que salgo para socializar, poco más.

—Pues a mí me encanta bailar —espetó ella risueña—. Lo que me echen —añadió Candela. La entusiasmaba la música, el baile, todo lo que fuera ritmo y movimiento.

—Pues quizás me tengas que enseñar —pidió él entre tímido y divertido.

—Cuando quieras, soy maestra —se ofreció haciendo un guiño a su profesión.

Capítulo 12

Después de la cena, fueron a tomar unas copas. Toño y Estrella reían sin parar. El efecto del alcohol y el estar en un entorno diferente al habitual hacía que estuvieran más relajados y desinhibidos.

Las manos juguetonas de Toño acariciaban sin disimulo el cuerpo cálido de Estrella. Las metía bajo su camiseta acariciando sus pechos de forma descarada. O bien las metía por el pantalón o le daba algún azote en el culo mientras iban caminando. En esos momentos, Estrella era feliz, poco o nada le importaba la gente que los miraban, solamente estaba centrada en Toño. Solo eran él y ella. El resto sobraba.

Tambaleándose, entraron en el hotel un poco más exaltados de la cuenta, subieron a la habitación y, una vez allí, se fundieron los dos. Besos apasionados. Caricias desesperadas. Cayeron en la cama y empezaron a despojarse de su ropa, el uno al otro o cada uno la suya, dependiendo. Tenían tanta urgencia por estar desnudos que solo quitándose la ropa ya jadeaban. Se unieron en un solo cuerpo. La forma de amar de Toño era bastante caótica, no se paraba mucho en los preliminares, iba al grano. En esos momentos, a Estrella le daba igual, ella estaba muy excitada y no necesitaba caricias adicionales para estar preparada. Se insertó en ella de un empellón. Necesitaba acción, los dos en realidad. Comenzó a moverse sobre Estrella. Ella lo miraba expectante. Las muecas que hacía su cara al verse presa del deseo, los sonidos que emitía, todo de él la excitaba. Sabía que, como Toño siguiera así, se correría en poco tiempo y ella aún no había llegado a su éxtasis, así que, con toda la fuerza de la que hizo acopio, se giró, se montó a

horcajadas sobre él y comenzó a moverse. Lo montaba para buscar su propio desahogo, lo sabía y lo necesitaba. Sabía cómo tenía que moverse para conseguirlo. Siguió hasta que todo se paró, su cuerpo se inundó de una sensación maravillosa, sus músculos se relajaron y el tendón de su pie derecho se recogió. Siempre la pasaba, en según qué posición, su pie le daba pistas de lo que acababa de suceder. Aún sin haber recuperado el resuello, Toño la cambió de posición, la colocó a cuatro patas sobre la cama y se volvió a insertar en ella. Unas cuantas acometidas más y él también se desmoronó en un orgasmo maravilloso.

Exhaustos sobre la cama, respiraban de forma atropellada. Necesitaban recobrar el aire que les faltaba en los pulmones. Cuando lo hicieron, Estrella, mimosa, se acurrucó en el pecho de Toño, pero él no era muy dado a carantoñas tras el desahogo. Eso molestaba un poco a Estrella, a ella le gustaba sentirse querida también una vez terminado el acto físico. Era algo más sentimental que otra cosa.

Toño se removió incómodo, él no era muy cariñoso ni expresaba sus sentimientos. Poco o nada cuando había gente delante, y a menudo, tampoco afloraban en sus momentos íntimos.

—Voy al baño —dijo levantándose.

—Vale —contestó Estrella.

Era lo de siempre, sabía que no iba a quedarse a su lado acariciando su cuerpo desnudo ni comentando el polvo que acababan de echar o hablando del tiempo. El tema de conversación era lo de menos.

Toño salió a los pocos minutos, Estrella lo había oído perfectamente. Podría insistir para dormir abrazada contra él, pero sabía que no iba a gustarle. El día había ido relativamente bien y no quería fastidiarlo. Ya se había acostumbrado a ello. Dormirían en la cama sin apenas tocarse, a no ser que fuera para volver a hacer el amor. «¿Hacer el amor?», se preguntó; no era exactamente eso. No era tonta, veía las cosas más o menos claras, lo que pasaba era que no quería reconocerlas. De momento, estaba bien así. No quería dar vueltas al asunto. «Ojos que no ven, corazón que no siente», se decía para convencerse a sí misma de que su relación iba bien, que con el tiempo mejoraría. No estaba segura de ello, pero quería creérselo de alguna manera. Quería ser feliz, estaba enamorada de Toño como nunca antes lo había estado y aquello tenía que salir bien. Además, sabía que como él no habría otro. Eso lo tenía muy metido en su cabeza, en parte porque lo creía y en parte porque Toño así se lo hacía creer. Tenía esa capacidad de manipular la mente de Estrella de forma sibilina para que ella creyera lo que él quería que creyera. Se podría decir que era una persona encantadora, pero encantadora de serpientes. Estrella admitía todas y cada una de las cosas que

Toño le decía sin rechistar, podría ver que algo era blanco, pero él, convenciéndola, lograba que dudara de que aquello no era blanco, que tenía matices, que podría llegar a decirse que era otro color. Lo conseguía de forma fácil. En parte porque ella estaba predispuesta a ello y en parte porque era tremendamente inteligente y sabía cómo llevar a las personas de uno a otro lado. Jugaba con ventaja, Estrella estaba total y absolutamente enamorada de él, eso facilitaba el camino de forma considerable. Ella comía de su mano, y él lo sabía.

Capítulo 13

La cena continuó con una conversación amena, Candela contaba a Mateo parte de su vida, no había mucho de lo que hablar. Vivía de forma sencilla, trabajaba y poco más. No hacía grandes viajes, no necesitaba grandes lujos. Todo era fácil en su día a día. Le contó que sus padres y su hermano mayor vivían en otra ciudad, que fue ella la que se trasladó cuando le ofrecieron el trabajo en la guardería. No se lo pensó y lo hizo sin pereza alguna. Los niños para ella eran inspiradores, los maestros de la vida. Ellos enseñaban y aportaban más con su corta existencia que muchos adultos. Eran los seres más sinceros del mundo y daban amor sin pedírselo. Para Candela, más que un trabajo, era algo que, aparte de darle el dinero necesario para vivir, le aportaba en su vida una satisfacción enorme. Era feliz así.

Mateo también le contó algo de su vida, él era abogado, en realidad era su profesión y ejercía de ello. Trabajaba en el bufete de abogados de su padre y en el que su madre aún seguía ejerciendo. Se podría decir que era un negocio familiar. Allí se conocieron sus padres, y ahora él seguía la senda haciendo lo mismo. No le disgustaba el trabajo, pero quería ser miembro de los cuerpos especiales de la Policía Nacional desde niño. Cuando lo planteó en casa, no gustó la idea, al final le convencieron. Podría no superar las duras pruebas y por ello debería tener un as en la manga por si venían mal dadas. Estudió Derecho como sus padres y, en cuanto terminó, empezó en el bufete. Era fácil, no le supuso un esfuerzo mayor. Además, lo estudiado le vino muy bien para la oposición, prácticamente se dedicaba más a sus pruebas físicas que al estudio teórico. A

diario manejaba la Constitución, las leyes y los estatutos. Estaba familiarizado con todo aquello y no le era difícil resolver los tests. No dejaba de revisarlo, pero tampoco le preocupaba en exceso.

En cuanto terminaron la sobremesa, Mateo se levantó, tendió la mano a Candela que se puso de pie sin saber muy bien cuál era el siguiente paso.

—¿Te apetece una copa? —preguntó él.

—Estoy bien así, pero si a ti te apetece, yo te acompaño —admitió Candela indecisa. No era mucho de beber. No necesitaba el alcohol para pasarlo bien. Con un poco de música se animaba.

—Vale —dijo Mateo.

Preparó dos copas que dejó sobre la mesa baja que estaba enfrente del sofá.

—¡Está muy buena! —afirmó Candela saboreando el contenido de su vaso.

—Me parece que te conformas con poco —respondió Mateo, que se había percatado de que a esa chica todo le parecía bien: se había quemado la cena y no había puesto objeción, la copa se la tomaba o no, no daba importancia a muchas cosas.

—No es eso, es que soy fácil de agradar —admitió ella levantando los hombros en su característico gesto.

—Ya veo —aseguró Mateo pensativo.

Él se acercó a Candela, sus piernas se rozaban, pero apenas habían tenido contacto el uno con el otro. Se aproximó tanto que posó sus labios en los de ella. Candela se retiró de forma automática, fue una reacción natural y espontánea. Mateo se dio cuenta, pero volvió a intentarlo. Ella actuó de igual manera. Por un instante, se miraron a los ojos. Ninguno de los dos habló hasta que él tomó la iniciativa. No sabían muy bien lo que había pasado.

—¿Qué pasa, Candela? —quiso saber. No podía entender la reacción de ella. Estaba descolocado.

—Nada, no pasa nada —respondió incómoda.

—¿Entonces? ¿Por qué te has retirado? —volvió a preguntar.

—No quiero besarte —aseguró, pero rectificó de inmediato—. Sí quiero besarte, pero no voy a hacerlo.

—Y ¿eso? —preguntó él alucinado.

—No en la primera cita —sentenció—. Llámame antigua, estrecha o lo que quieras, pero no soy de aquí te pillo aquí te mato, ¡lo siento! —argumentó moviendo los hombros mientras se levantaba del sofá—. Es hora de que me vaya a casa —concluyó cogiendo su bolso.

—¡Yo te llevo! —se ofreció Mateo reaccionando.

—No te preocupes, es mejor así —contestó ella—. Nos vemos por el parque —afirmó a modo de despedida a la vez que salía por la puerta.

Mateo se quedó impactado por cómo había terminado la noche. No tenía más intención que besar a Candela; el resto, si surgía, surgía, no siempre era así. Que le hubiera gustado… era obvio, pero tampoco era un ser sin escrúpulos, que iba a por la chica en cuestión como si de una presa se tratase. No era así para nada, sabía que las cosas llevaban su proceso. Que había chicas con las que se había acostado y eran fruto de conocerse esa misma noche, y otras con las que, tras quedar varias veces, no había sucedido nada. Pero no siempre ocurría lo mismo.

Candela bajó las escaleras de una en una, no quería coger el ascensor. Necesitaba tiempo para reflexionar; en cuanto llegó al portal, se miró en el espejo por un instante, cogió aire profundamente, agarró con fuerza el pomo, abrió la puerta y salió. No era demasiado tarde, aún podía coger el autobús hasta su casa, o quizás caminar hasta allí. No. Era mejor ir en autobús, no le gustaba andar sola por según qué calles. Subió al autobús y a su cabeza vinieron imágenes de la cita con Mateo, se había sentido cómoda, a gusto, con confianza, pero en el momento del beso lo había rechazado, y eso que le apetecía enormemente besarle, pero ¿por qué lo había hecho? Si eso era lo que realmente quería… Siempre actuaba igual, en la primera cita nunca se besaba con el hombre en cuestión ni, mucho menos, se acostaba. Así era ella. No tenía más que pensar.

Mateo se quedó en casa confundido, no sabía muy bien por qué. Candela le gustaba desde el primer día que la había visto en el parque, había sentido como un flechazo. Todo iba bien, pero algo le decía que esa chica no era como otras, en realidad todas eran diferentes. Con Candela se lo tendría que currar si quería algo más de ella.

Capítulo 14

El domingo por la mañana, cuando Candela se levantó, era más tarde que otros días. Aprovechaba el fin de semana para remolonear un poco en la cama y arrebatar alguna hora más de sueño al día. Desayunó tranquilamente ante la atenta mirada de Hacendado, él sabía que el fin de semana era sinónimo de paseos largos, larguísimos, tanto por la mañana como por la tarde. Candela lo veía mover la cola expectante al otro lado del cristal, estaba impaciente por salir. Bebió de un trago largo su café con leche, se puso unas deportivas viejas, cogió la correa y salió a su encuentro.

—Buenos días, granuja —dijo acariciando al animal, que se movía por delante de ella—. Ya veo que tienes ganas de salir, ¿eh? ¡Venga, a la calle, truhan!

Como siempre que salían, Candela colocó la correa al animal en el primer momento, aunque sabía que, siendo domingo, se encontraría a poca gente. En cuanto llegaron al parque, lo soltó. El animal, contento, como siempre empezó a dar sus carreras, a revolcarse y a jugar con alguna hoja seca que había retenida en los alcorques de los árboles. Candela lo veía, reía, su perro era feliz, y eso hacía que ella también lo fuera.

Solía llevar una pelota de tenis para que Hacendado jugara con ella, sobre todo los días en los que los paseos eran más largos. Se la tiraba tan lejos como podía y el animal, raudo, corría a por ella, se la devolvía a su dueña y comenzaba otra vez el juego. En uno de esos lanzamientos, la pelota cogió más velocidad de la cuenta y fue muy lejos. A Candela le pareció oír un gemido, pero no le dio

importancia, Hacendado corría presto a por la pelota. En cuanto la tuvo, volvió a aparecer en el campo de visión de Candela seguido de Mateo. El estómago de Candela dio un salto al verlo, la cara que tenía no era la de otros días. Parecía que estaba enfadado.

—Buenos días, Mateo —dijo Candela sonriente.

—Buenos días, un día de estos vas a matar a alguien —comentó Mateo sin más.

—¿Por qué? —preguntó Candela.

—Me has dado con la pelota en la cabeza —afirmó Mateo molesto.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —dijo Candela acercándose para ver el lugar donde Mateo se frotaba.

Candela se acercó y, de forma natural, fue a frotar la cabeza de Mateo como cuando algún niño en la guardería se daba algún golpe con algo. Instintivamente, Mateo agarró la cintura de Candela y posó sus labios sobre los de ellas. En ese instante, Candela no supo reaccionar. No se retiró y se dejó besar por el abogado. Los besos de Mateo eran apasionados, pero tranquilos, suaves y, al mismo tiempo, intensos. Un remolino de sensaciones recorrió el cuerpo de Candela, que seguía besando a Mateo a la vez que acariciaba su cuero cabelludo para intentar mitigar el dolor del pelotazo.

El beso siguió hasta que el perro, molesto porque su juego se había detenido, empezó a cabecear rozando la pierna de Candela y de Mateo indistintamente. Su insistencia hizo que el beso se parara. En cuanto sus labios se separaron, se miraron y sonrieron. Iban a decir algo, cuando un nuevo empellón de Hacendado les hizo parar.

—Quieres seguir corriendo ¿eh? —dijo Candela recogiendo la pelota que estaba en el suelo. La lanzó y se quedó mirando cómo su perro iba a buscarla.

—Candela —intervino Mateo.

Ella no le dejó continuar.

—Siento lo del pelotazo, se me ha ido la mano —se excusó apenada.

—No pasa nada —aseguró él sonriendo—, me lo merecía.

—Ah ¿sí? —preguntó ella sorprendida.

—Sí, por invitarte a cenar una comida quemada —recordó él riendo abiertamente.

—Bueno, parte estaba quemada y parte no, así que todo queda compensado —añadió ella para que él no se llevara un mal rato por lo que había pasado.

Ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer, habían roto el hielo hablando de la anécdota de la cena, pero no sabían cuál era el siguiente paso.

—Candela, yo… —prosiguió Mateo tímido—. Desde anoche, no he dejado de

pensar en lo que pasó… y… bueno… —titubeaba sin saber qué más añadir.

—Mateo, ya te dije ayer que no beso en la primera cita, no sé muy bien por qué, la verdad, pero el caso es que siempre es igual y, aunque quiera evitarlo, pues… ¡no sé! —admitió encogiéndose de hombros.

—Bueno, hoy, se podría decir que ya es la segunda cita —espetó él.

—Pues sí, aunque no hayamos quedado, sí se podría decir que es así.

Hacendado volvió y esta vez Mateo recogió la pelota y se la tiró más lejos aún. No quería dejar de hablar con Candela, es más, quería seguir besándola. El beso le había encantado. Para él había sido tan dulce como era ella. Mateo se giró, volvió a amarrar a Candela por la cintura como lo había hecho minutos antes, sin premeditación, y volvió a besarla. Ella respondía encantada a sus besos, le gustaba sentirse mecida entre los fuertes brazos de Mateo, no veía más allá de su ropa pero, por el tacto, la dureza y la firmeza de su carne, Mateo tenía un cuerpo muy bien trabajado. Si, como le había dicho, se dedicaba más tiempo a entrenar que a otra cosa, eso se tenía que notar.

Otra vez más el perro regresó, pero esa vez tuvo que esperar más de la cuenta. Ninguno de los dos protagonistas estaba por la labor de parar aquello. Parecían dos adolescentes, pero les daba exactamente igual lo que ocurriera a su alrededor. El beso se prolongó durante un periodo más o menos largo, hasta que un ladrido de Hacendado los despertó de su ensimismamiento. El animal quería seguir jugando. Mateo y Candela se miraron, volvieron a tirar la pelota y comenzaron a caminar. Estaban muy a gusto paseando juntos y hablando de sus cosas.

Capítulo 15

Muy amablemente, Mateo acompañó a Candela y a Hacendado hasta su casa. El paseo había sido de los más largos en la vida del animal, estaba contento y cansado al mismo tiempo. En cuanto entró en casa, fue a beber agua.

Candela invitó a Mateo a pasar, pero él declinó la invitación, no por falta de ganas, pero algo le decía que con Candela debería ir despacio. Que ella necesitaba su tiempo y que las prisas podían no ser demasiado buenas. Se sentía atraído irremediablemente por Candela, desde el primer día le había gustado, no sabía por qué, pero así era. Solía fijarse en las chicas, como era lógico; en el gimnasio había muchas con cuerpos perfectos, en su trabajo también coincidía con mujeres espectaculares, pero inexplicablemente se había fijado en Candela, una chica normal que vestía con ropa demasiado ancha y que paseaba un perro de raza indefinida, pero que tenía una sonrisa maravillosa y desprendía cariño en cada acto y movimiento, sobre todo con su perro. No la había visto en otras facetas, pero podía imaginársela en su trabajo y estaba seguro de que era cariñosa y atenta con los niños.

Candela entró en casa levitando, esa era la palabra, no apoyaba los pies en el suelo. El encuentro fortuito con Mateo había sido muy agradable, y sus besos, espectaculares. Estaba encantada, ya había dado el primer paso. La noche anterior se había ido de la casa de Mateo con mal sabor de boca, no sabía por qué había reaccionado así y pensaba que todo entre ellos se iba a enfriar, pero nada de eso había ocurrido. Era cierto que Mateo apenas le había dejado margen de maniobra y que el beso la había pillado desprevenida, pero estaba encantada con

su propia reacción, con la de Mateo y, sobre todo, encantada por los besos. Eran deliciosos.

Preparó la comida, comió en el sofá viendo la tele y, en cuanto recogió todo, se tumbó. Más tarde saldría de nuevo con Hacendado. No había quedado en nada con Mateo, pero sobraba. Sabía que se podrían encontrar de nuevo en el parque, si no era ese mismo día, sería al siguiente. Estaba deseando que ocurriera de nuevo.

A media tarde, Candela se desperezaba, se había quedado dormida en el sofá. Un ruido la hizo reaccionar. Era Estrella, que volvía de su fin de semana y entraba en la casa como un elefante en una cacharrería.

—¡Cande! —saludó exultante.

—Hola, Estrella —contestó ella estirándose en el sofá—. ¿Qué tal el fin de semana? —preguntó somnolienta.

—Bien, muy bien —contestó, aunque un gesto imperceptible hizo que a Candela le saltaran las alarmas.

—Voy a salir con Dado, ¿vienes conmigo y me cuentas? —sugirió Candela, que sabía que no todo había ido tan bien como quería hacer creer Estrella.

—No sé, Cande —apuntó Estrella sentándose de forma pesada en el sofá—, tengo que poner la lavadora, preparar para mañana… —empezó a enumerar.

—Será un paseo corto, ya hemos salido esta mañana mucho tiempo —insistió la profesora esbozando una sonrisa. Solo ella sabía el motivo de aquella sonrisa.

—Déjame poner la lavadora, me cambio de ropa y salimos —se apuntó de inmediato.

—¡Vale!

Como prometió Estrella, en un tiempo récord hizo todo lo que había dicho. Las dos amigas salieron, como tantas otras veces, a pasear. El perro estaba encantado. Sus dueñas lo volvían a sacar.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal el fin de semana? —preguntó Candela con tiento.

—Bien, ya te he dicho antes —confirmó Estrella sin muchas ganas de hablar.

—Bueno, pues si te ha servido para desconectar, ¡estupendo! —respondió Candela, que sabía que había algo más. Ella no iba a insistir, debía ser Estrella la que se lo contara si le apetecía.

—Sí, en realidad ha ido todo bien hasta hoy mismo —se animó a hablar, aunque lo hizo con voz tristona.

—¿Y eso? —inquirió Candela, que no obtenía demasiada información.

—Pues nada, hemos estado todo el fin de semana genial, hasta que me ha montado una escenita de celos en el bar donde desayunábamos. Se ha pensado lo

que no era y ha empezado a gritarme y a decirme que si el camarero me gustaba más que él, que si lo conocía, que cuánta complicidad, que mil historias más… —explicaba Estrella agotada por la situación.

—¡Pero bueno! —espetó Candela enfadada por lo que estaba contando su amiga—. ¿Tan grave ha sido lo que has hecho como para ponerse así? —preguntó con el ánimo de que ella entendiera que era una bobada el enfadarse por ser amable con un camarero.

—Creo que no —admitió abatida—. Nos habíamos sentado en una mesa, y he ido a por otro sobre de azúcar, nada más —explicaba cada vez más indignada—. El camarero me ha dicho no sé qué y me he reído, eso ha sido todo.

—Pues no es para tomarse las cosas así —sentenció Candela.

—Ha pensado que estaba coqueteando con él —confesó en un murmullo.

—¡Ya! Pues, qué quieres que te diga, ha debido de pensar que eres muy tonta cuando lo haces delante de él —afirmó con rotundidad Candela. No solía meterse en la vida de su amiga, pero aquello pasaba de castaño oscuro—. Si yo quisiera coquetear con otro o ponerle los cuernos a mi novio lo haría cuando él no estuviera delante. ¡Vamos, digo yo! —concluyó. La situación de su amiga la sobrepasaba.

—Eso no lo harías tú en la vida, Cande —aseguró Estrella riendo—. Eres tan buena que ni te lo plantearías.

—Eso nunca se puede saber —dijo Candela.

—Viniendo de ti, pongo la mano en el fuego —reiteró Estrella convencidísima de que su amiga no haría daño a ninguna persona, y menos a una pareja.

Las dos chicas continuaron con su paseo, el cabreo de Candela iba en aumento por la actitud de Toño, pero la tranquilidad de Estrella aumentaba. Ella no veía nada malo en sus celos infundados, en su manipulación, en nada de lo que él hacía. Pero Candela, desde otra perspectiva, estaba convencida de que aquella relación cada vez era peor. Que su amiga estaba entrando en un círculo vicioso de dependencia y que no le iba a ser tan fácil salir de ese laberinto.

Estrella también preguntó a Candela por su fin de semana. Ella le contó someramente lo que había ocurrido. La bronca por la ropa elegida, por no lanzarse en la primera cita y por todo lo demás no se hizo esperar. Candela aguantaba estoica la reprimenda, no era que le diera igual la opinión de su amiga, pero ya no se podía cambiar nada de lo ocurrido y estaba encantada de la vida con cómo había sucedido todo.

Capítulo 16

La semana empezó para todos de igual manera que las anteriores. Esa semana, Candela no tenía que ir tan temprano, serían sus compañeras las que abrieran la guardería para los madrugadores. Así podía remolonear un poco en la cama y dar un paseo cortísimo a Hacendado antes de ir a trabajar, y si no le daba tiempo, lo haría Estrella, que esa semana estaba de tarde. Esas ocasiones encantaban a Candela, dormía más y, cuando llegaba a casa, tenía la comida preparada y toda la tarde para ella sola. No le molestaba en absoluto que Estrella estuviera allí, además compartían tiempo juntas, o salían a pasear, pero también le gustaba estar sola. Valoraba mucho esos momentos para ella misma.

Desde hacía varios años, escribía cuentos infantiles, tenía un montón, el pasar tanto tiempo con niños la hacía improvisar en sus historias, hasta que un día decidió plasmar en un papel todo lo que se iba inventando sobre la marcha. Se cansaba de leer siempre lo mismo, así que creaba según qué historias para enseñar a sus alumnos una u otra cosa. Todos tenían su moraleja o enseñanza, como era lógico, y el conocer tan bien a los niños hacía que para ella le fuera fácil inventar primero y escribir después esas pequeñas historias. Los iba recopilando en un archivo en su ordenador, también los tenía escritos en papel, e incluso algunos de ellos los tenía ilustrados. No lo hacía por nada en especial, nada más se sentía bien haciéndolo, la relajaba y le daba una satisfacción enorme. Jamás se había planteado publicarlos, no era algo que entrara en sus planes, pero quizás algún día, con todo el montón que disponía, lo intentaría. Material tenía de sobra, no para uno, sino para varios libros. Nadie sabía que

escribía, se sentía avergonzada de hacerlo. No porque lo hiciera mal, sino por su osadía. Ella no se consideraba escritora para nada.

Desde que había conocido a Mateo, volvía a casa más deprisa que nunca. Necesitaba verlo, era algo que ansiaba. Comía rápidamente, recogía y salía con Hacendado. Sabía más o menos sus horarios, así que, en cuanto se hacía la hora, iba a su encuentro. No solían quedar para verse, lo hacían y nada más. Para Candela todo estaba bien así.

—Hola, Candela, ¿qué tal? —preguntó Mateo al aparecer detrás de ella, era increíble cómo podía llegar hasta ella sin hacer apenas ruido.

—Hola, Mateo —saludó Candela riendo—. No te había oído —afirmó mirando a Mateo dar vueltas a su alrededor.

—No puedo parar, voy hasta el final y vuelvo —explicó él moviendo la mano a modo de despedida.

—Vale —contestó conforme con la explicación.

Candela observaba cómo Mateo desaparecía de su campo de visión. Dado venía hacia ella corriendo pero, en cuanto se cruzó con Mateo, cambió la trayectoria para seguirlo durante unos metros. Pero cuando oyó el silbido de Candela, volvió junto a su dueña.

Las hojas empezaban a caer de forma continua, el otoño estaba avanzado y, aunque la temperatura era agradable, era conveniente ir con una cazadora algo gruesa. Como siempre, Candela iba vestida con ropa ancha. Ella se encontraba muy a gusto vestida así. No era que se avergonzara de su cuerpo, era que así estaba bien.

Al rato apareció Mateo, llegaba jadeante por el esfuerzo. Pero la sonrisa que regaló a Candela era una visión maravillosa para ella.

—Hola, Candela —volvió a saludar agachándose para posar un beso en los labios de ella. El gesto pilló desprevenida a la maestra.

—Hola —dijo ella cortada.

—¿Qué tal el día?

—Bien, no puedo quejarme, esta semana duermo un poco más, así que muy bien —afirmó con una risa floja.

—Te gusta dormir, ¿eh? —inquirió él empujándola un poco.

—Sí, como a todo el mundo. No me cuesta madrugar, pero cuando puedo, aprovecho.

—Me parece muy bien. ¿Quieres tomar algo hoy? —preguntó Mateo de forma natural.

—Como quieras, no tengo más planes que pasear a Dado —explicó ella

moviendo sus hombros en su gesto característico.

—Pues o bien tomamos algo por aquí cerca, aunque no sé muy bien qué bares hay, o me acompañas a casa, me doy una ducha y salimos —propuso él.

—Vivo aquí cerca, ya sabes, te invito a mi casa —sugirió Candela espontáneamente.

—Es una muy buena idea —aceptó él, que no quería presionar a Candela. Sabía que ella no era lanzada y que necesitaba espacio y tiempo.

Volvieron juntos hasta la casa de Candela, iban hablando y riendo. Mateo era divertido y nunca se le acababa la conversación. Candela era más tímida, pero con él se sentía muy cómoda y hablaba sin problema.

—Ponte cómodo, ¿qué te apetece? Café, infusión, cerveza, agua… —enumeró solícita mientras trasteaba por la cocina.

—Pues, no sé, bebida isotónica no tendrás, ¿no? —inquirió él riendo.

—No, de eso no usamos, zumo quizás —ofreció ella mordiéndose el labio.

—Una infusión está bien —dijo Mateo riendo.

—Pfff, de eso tengo un montón —afirmó riendo—. Estrella, mi compañera, es una amante de todas estas hierbas, tengo para casi todas las dolencias, y tantos sabores y colores como quieras, lo último que ha comprado ha sido de sabor a tarta de queso —explicó poniendo los ojos en blanco. No entendía cómo había hierbas que pudieran saber a tarta de queso si no era porque les añadían saborizantes.

—Me conformo con un poleo menta, manzanilla, té… lo que más rabia te dé —concluyó Mateo riendo.

—Pues voy por ello.

Candela le preparó un poleo menta bien caliente, y para ella, un café con leche. Se tomaron sus bebidas sentados delante de la mesa de la cocina hablando y charlando de forma distendida.

Mateo estuvo allí el resto de la tarde, a las nueve de la noche se fue. Se hubiera quedado de buena gana, pero era mejor así. Despacio.

Capítulo 17

—Hola, Cande —saludó Estrella cuando llegó a casa a las diez de la noche pasadas.

—Hola, Estrella, buenas noches, ¿qué tal la tarde? —preguntó Candela, que estaba esperando a su amiga con el pijama puesto y la cena lista para servir.

—Bien, no ha estado mal —afirmó—. ¡Aquí ha estado un hombre! —espetó de repente haciendo que los colores subieran a la cara de Candela.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella tímida.

—Por el olor, es un aroma suave, colonia fresca, no sé. Sin embargo, no huele como otros días, además hay dos tazas en el fregadero, ¡blanco y en botella! —sentenció como si fuera un detective, y es que Estrella era muy observadora.

—Ha venido Mateo —admitió de forma vergonzosa.

—¡Anda, marranona! ¡Qué calladito te lo tenías! ¡Toda la tarde de folleteo, ¿eh?! —afirmó con vehemencia Estrella riéndose de la cara que se le había quedado a su amiga.

—Solo ha venido a tomar una infusión —se apresuró a matizar.

—¡Ahora se llama tomar una infusión! —se carcajeó dejándola en la cocina sola—. Voy a la ducha, ahora cenamos, guarrilla —añadió desde el pasillo.

Estrella sabía que Candela estaba pasando un mal rato, como también sabía que no se había acostado con Mateo, si algo era Candela era muy discreta en sus relaciones y muy prudente.

Al rato apareció, Estrella con el pijama puesto y una toalla en la cabeza, cenarían, charlarían, y pronto a la cama.

Hablaron de su día, de la visita de Mateo y de sus impresiones. Estrella sabía que Candela se estaba empezando a ilusionar, y eso hacía que se alegrara por su amiga.

A las once de la noche, el timbre sonó. Por la hora sería Toño, Candela aprovechó para dejarlos solos, se fue a su habitación. No quería interrumpir nada.

Se acostó, se puso a leer, pero las voces que se oían desde el salón eran fuertes, otra vez estaban discutiendo. Candela no sabía muy bien si salir a ver qué pasaba o esperar expectante en su habitación. No le gustaban esos encontronazos entre ellos, la incomodaban, cualquier enfrentamiento en realidad. Eso no iba con ella. Las voces cesaron, al rato oyó a Estrella llorar, no sabía si Toño se había ido o no. Esperaría unos minutos y, si su amiga seguía llorando, saldría a ver qué pasaba.

De nuevo volvieron las voces, esta vez más fuertes aún. Todavía estaba allí Toño, Candela no pudo evitarlo, se levantó, se puso sus zapatillas y salió. En cuanto la vieron aparecer en el salón, los dos la miraron como si fuera una especie en peligro de extinción, pero lejos de hacerles cesar en sus insultos y faltas de respeto, volvieron a la carga. Ninguno de los dos cedía, pero Candela sabía que, más pronto que tarde, Estrella claudicaría, era cuestión de segundos; como un auténtico manipulador, que al final era lo que era Toño, se las arregló para culpar a Estrella de todo, ella le pidió perdón arrastrándose como una peregrina. En cuanto todo eso sucedió, Toño se fue, ya había obtenido su recompensa: humillar de nuevo a Estrella, hacerla creer que ella era la culpable de todo y tenerla aún más rendida a sus pies. Era como si, cuanto más daño la hacía, más enganchada estaba de él, era algo inconcebible para Candela. Pero solo Estrella era la que tenía que darse cuenta de todo ello, por mucho que le explicara e intentara que viera la realidad, no iba a conseguir nada si ella no abría su corazón y su mente.

En cuanto las dos amigas oyeron el portazo, se abrazaron. Estrella lloraba desconsoladamente, necesitaba un hombro en el que llorar, allí estaba Candela como tantas otras veces. En cuanto se tranquilizó un poco, fueron hasta su habitación, ambas se metieron en la cama de Candela, Estrella se acurrucó contra ella y se calmó. Cuando todo estuvo más o menos relajado, Estrella empezó a hablar, necesitaba desahogarse, Candela escuchaba atenta a su amiga, le daba consejos aunque no la juzgaba, intentaba no dañarla pero sabía que algunas de sus palabras no gustaban a Estrella, como era lógico. Intentaba explicárselo de la forma más cariñosa de la que era capaz, para no agrandar su dolor. Estrella oía,

pero no escuchaba, estaba cegada por el amor que sentía por Toño; hasta que todo eso no cambiara, Candela poco más podía hacer, consolarla y tranquilizarla.

Capítulo 18

Candela y Estrella durmieron juntas esa noche. Cada vez eran más frecuentes las estancias de Estrella en la habitación de Candela, y todo era porque su relación con Toño iba a peor, aunque parecía que la única que se percataba de ello era la maestra.

Sin querer molestar y haciendo el menor ruido posible, Candela se levantó, hizo su rutina diaria y fue a trabajar. No había dormido mucho, ya que Estrella tenía el sueño intranquilo y había estado toda la noche hablando y moviéndose. Candela apenas pegó ojo, estuvo pendiente de su amiga, aunque ella apenas fue consciente de ello.

Por la tarde, cuando llegó a casa, comió y fue a pasear a Hacendado, iba como siempre con la esperanza de encontrarse con Mateo. No tardaron en verse, los dos estaban ansiosos por compartir su tiempo.

—Hola, Mateo —dijo Candela sonriendo.

—Hola, Candela —saludó él dándole un beso rápido en los labios mientras seguía trotando a su alrededor seguido por el perro, que veía aquello como un juego—. En diez minutos vuelvo —afirmó besándola de nuevo, ese gesto hizo reír a Candela.

Como prometió Mateo, allí estaba a los diez minutos, apoyado en un banco haciendo estiramientos mientras Candela lanzaba la pelota de tenis a Dado.

—¿Qué tal el día? —preguntó ella.

—Mucho mejor ahora que estás a mi lado —contestó de forma cariñosa.

—¡Vaya! Me alegro de que así sea.

—Pues sí, así es —reiteró él amarrándola para darle un beso más sensual y profundo.

A Candela las muestras de cariño no le disgustaban, aunque a veces sentía cierto pudor por mostrarse tan abiertamente en público. Era raro ver a más personas por allí paseando, pero no dejaba de incomodarla, ella era bastante reservada para sus cosas y pensaba que los actos íntimos deberían quedar en la intimidad de la pareja. A ella no le molestaba ver a otras parejas besándose o mostrando explícitamente su amor, es más, le parecía algo muy bonito, pero cuando era ella la protagonista la cosa cambiaba. Era mucho el pudor que le suponían esas escenas.

Prosiguieron su paseo de forma tranquila, hablando de sus cosas. Candela se sentía muy a gusto con Mateo, le gustaba pasar tiempo con él y hablar de su día a día. Cuando empezó a caer la tarde, pusieron rumbo a casa, ya no hacía falta hablar. Juntos, como el día anterior, Candela y Mateo, con Hacendado, fueron a la casa que compartía con Estrella. Ella estaba trabajando, así que disponían del espacio para ellos solos.

—¿Una infusión? —preguntó de forma despreocupada Candela.

—Me apetecería otra cosa —contestó él de forma ladina, el gesto de su cara era explícito, pero Candela no lo veía ya que estaba distraída llenando el bebedero de agua para su perro.

—No tengo bebidas isotónicas, como no quieras una cerveza, café, leche o zumo, no tengo más —explicó ella sin percatarse de que las intenciones de Mateo iban por otros derroteros.

—Lo sé, no necesito nada de eso. Lo que realmente me apetece eres tú —admitió cogiéndola por la cintura, dándola la vuelta y encajándola entre sus brazos a la vez que la besaba.

Toda esa maniobra pilló a Candela desprevenida, poco o nada pudo hacer más que dejarse besar por aquel hombre que le estaba empezando a gustar demasiado.

El beso se prolongó todo el tiempo posible; en realidad, en el momento en el que sus cuerpos se habían unido, el reloj había dejado de correr, el mundo de girar y el resto de la humanidad de existir. Ese momento era única y exclusivamente suyo. Solo existían ellos dos.

Mateo necesitaba más, había dado el espacio suficiente a Candela, pero era tal la atracción que sentía por ella, que el deseo se hacía cada vez mayor y ya nada podía pararle.

—Candela —susurró lleno de pasión—, quiero más contigo —añadió.

Ella se ruborizó, no era el primer hombre con el que se acostaba, era obvio,

pero esa situación casi siempre le provocaba la misma reacción.

—Yo también —admitió en un tono casi inaudible, bajó la vista para evitar que sus ojos se encontraran con los de Mateo.

Él vio el gesto prácticamente infantil y, con su dedo, le levantó la barbilla.

—No quiero hacer nada de lo que no estés segura, Candela, no soy así. No me guío por mis instintos; si no quieres, lo aceptaré. Me iré a casa con un calentón importante, pero lo aceptaré —explicó sonriendo.

La aclaración tan directa de Mateo hizo sonreír a Candela. Más segura de sí misma, habló:

—Sí quiero, Mateo, solo es que…bueno… —dudó. No sabía muy bien cómo expresar todas las sensaciones que tenía en su interior. Sentía miedo, algo de confusión, incertidumbre, pero también deseo de fundirse con Mateo, de sentir su piel con la de él, de sentirse amada. Eran tantas cosas que no sabía expresarlas a viva voz.

—No te preocupes por nada, si me dices que estás segura, déjate llevar, ¿de acuerdo? —preguntó Mateo de la forma más cariñosa que pudo.

Candela asintió dejándose arrastrar por Mateo hasta la habitación de ella.

Capítulo 19

Una vez en la habitación, Mateo tumbó a Candela en su cama, él lo hizo a su lado. Quería hacerlo despacio, sin prisa. No quería ni por un segundo que Candela se sintiera incómoda. Prosiguió con sus besos, cada vez más carnosos y calientes. Candela se abrazaba a Mateo, era como si él fuera su posesión más preciada y no quisiera que nadie se la arrebatara. Por su parte, el abogado acariciaba el cuerpo de Candela, lo tenía bastante difícil, la ropa que llevaba le impedía sentir la cálida piel que intuía que estaba por debajo de todo el tejido. De forma natural, Candela se desprendió de su jersey grueso de lana, bajo él había una camiseta de algodón blanca que tampoco le dejaba ver ni tocar demasiado. Todo iría paso a paso.

Los besos continuaron, el deseo crecía en ellos, era obvio, los jadeos y los sonidos que emitían ambos eran reflejo de su excitación. Mateo también se despojó de su sudadera, bajo ella tenía una camiseta deportiva que se pegaba a su pecho, no se había duchado, había estado corriendo y el sudor mojaba la camiseta. Lo mejor era quitársela; cuando lo hizo, Candela se quedó boquiabierta al ver semejantes pectorales y brazos. Podría comprobar que esos hombres existían, que no eran fruto del Photoshop, y lo tenía a su lado. Mateo acercó sus manos a la camiseta de ella e hizo lo mismo, apareció ante él parte de la anatomía de Candela y su sujetador. Era básico, de color blanco; ella, pudorosa, se ruborizó cuando vio a Mateo observarla con lujuria.

—Tienes un cuerpo precioso —afirmó él observado la piel erizada de la maestra.

—Tú también tienes un cuerpo espectacular —musitó ella acalorada, tenía la boca seca.

Ninguno de los dos mentía, el cuerpo de Mateo estaba trabajado a base de horas de deporte, en el gimnasio, en su casa o corriendo. Se cuidaba y estaba muy centrado en su entrenamiento para poder conseguir su sueño. El sueño de pertenecer a los GEO. Candela, en cambio, no iba al gimnasio, aunque en la guardería se movía bastante y el ir a trabajar a diario en bicicleta y los largos paseos con su perro la mantenían en una forma espectacular.

Mateo acariciaba la piel cálida de Candela, ella no podía evitar reaccionar ante el tacto del abogado, su piel se estremecía. Los besos entre ellos continuaron, las caricias y el deseo. Mateo desabrochó el sujetador de Candela, acarició sus pechos, los amasó y los besó con auténtico deleite. Candela, nunca se había sentido así de respetada y de cuidada mientras le hacían el amor, porque Mateo se lo estaba haciendo. Cada caricia de él, cada gesto, cada beso, todo estaba siendo efectuado con el mayor mimo y dedicación posible. Mateo era muy cuidadoso y estaba cumpliendo con su palabra, estaba haciendo sentir a Candela muy cómoda. Tras el sujetador, fueron los pantalones de chándal de Candela y sus braguitas. Mateo también se había desnudado, ya estaban pegados el uno al otro. Sintiendo la piel del contrario junto con la propia. Mateo seguía acariciando con delicadeza a Candela. Tentó su sexo, Candela estaba entregada, nada malo podía ocurrirla con ese hombre a su lado. La humedad, el calor y la predisposición de Candela eran las pistas que Mateo necesitaba para saber que aquella mujer que escondía su cuerpo bajo capas de ropa estaba preparada y lista. Mateo, con sumo cuidado, se colocó encima de Candela y, poco a poco, se fue introduciendo en ella. Candela cerró los ojos y se dejó invadir por aquel hombre, que era uno de los hombres más considerados que había visto jamás. Los movimientos de Mateo comenzaron, iba de forma acompasada, se introducía en Candela de forma deliciosa.

—Candela, mírame, por favor —pidió él mirando fijamente a su amante.

Candela abrió los ojos lentamente y fijó su mirada en los ojos de él. Mateo necesitaba saber que todo iba bien.

—¿Estás bien, Candela? —preguntó él haciendo todo el esfuerzo necesario para no seguir moviéndose sobre ella.

—Sí —confirmó ella esbozando una tímida sonrisa.

Tras esa palabra, Mateo continuó, sabía que todo estaba bien, pero quería oírlo de la boca de Candela.

Mateo fue acelerando el ritmo paulatinamente, acariciaba a Candela y la besaba, pero era tal el deseo que sentía por ella, que poco o nada podía hacer

para parar el ritmo que su cuerpo imprimía. Una cosa tenía clara, antes de explotar intentaría que lo hiciera Candela, lo importante era ella. No tardó demasiado en conseguirlo, unos cuantos empellones más, tocar en el lugar adecuado y unas cuantas palabras pronunciadas al oído de ella hicieron que Candela se desintegrara en un orgasmo que la dejó sin palabras. Ya no había vuelta atrás, Mateo aceleró el ritmo para conseguir su propio orgasmo, en una décima de segundo y antes de eyacular salió de Candela derramando sobre su vientre todo el elixir que tenía dentro. Era un chico responsable y no habían tomado precauciones. Esa era una cosa que tenía clara: siempre con protección y, en el caso de no tenerla, tendría que utilizar ese último recurso, aunque no le gustara lo más mínimo.

Cuando todo terminó, Mateo cambió de posición, giró la cara de Candela para que le mirara y le preguntó:

—¿Estás bien Candela?

—Perfectamente —contestó ella sonriendo.

—Me alegro —dijo Mateo acariciando el óvalo de la cara de Candela.

Que Mateo siguiera haciéndole arrumacos después de hacer el amor era algo que Candela siempre había valorado mucho, no el acto de hacerlo por hacerlo, sino los preliminares y lo que venía después. Todo eso era muy importante para ella.

Capítulo 20

Estuvieron hablando durante un rato, tirados los dos sobre la cama, Mateo siguió besando a Candela como si no tuviera suficiente con lo que había pasado. Él ya había obtenido su recompensa pero, aun así, siguió mimando a la maestra. Candela no quería que Mateo se fuera a casa, le habría gustado que se hubiera quedado con ella a dormir, pero también sabía que él tenía sus obligaciones laborales como las tenía ella. Mateo se despidió de Candela una vez recompuesto de su encuentro amoroso.

Cuando llegó Estrella, Candela flotaba en una nube esponjosa. Se hubiera metido de nuevo en la cama sin esperar a su amiga, pero sabía que, si lo hacía, ella sospecharía y le haría un interrogatorio, y eso era precisamente lo que no quería.

—Buenas noches, Cande —dijo Estrella al entrar.

—Hola, Estrella, ¿qué tal ha ido la tarde?

—Estoy cansadísima, pero bueno, una tarde menos —contestó ella optimista.

—Cenemos y a dormir —sugirió Candela, que era lo que quería. Meterse en la cama en la que había estado con Mateo.

Así lo hicieron. Candela, en cuanto, pudo se escabulló alegando que estaba muy cansada también, se metió en la cama e inhaló el perfume fresco y dulce que decía Estrella que llevaba puesto Mateo. Aun habiendo corrido, él desprendía ese aroma que hizo que se sumiera en un dulce sueño. Era un duerme vela continuo en el que se mezclaban los recuerdos vividos con Mateo, hipotéticas situaciones y hechos reales. Ese estado de ensoñación era maravilloso para Candela. Podía

decir claramente que se había enamorado locamente de ese chico que había conocido de forma inesperada en el parque.

Al día siguiente, la misma rutina de siempre: Candela fue a trabajar, volvió a casa, comió más rápido que nunca y fue hasta el parque. Necesitaba ver a Mateo, durante todo el día no había dejado de pensar en él, era constante su presencia en la mente de la maestra. Se había colgado de él pero bien. No lo reconocería, no de momento, pero seguramente Estrella lo intuiría y acabaría confesando lo evidente.

Paseando por el parque, Mateo no aparecía, era raro, había hecho el recorrido de todos los días y no había rastro de él. La decepción no tardó en aparecer. Candela no podía explicar por qué él no estaba en el parque haciendo sus ejercicios como otros días. No podía estar pasando aquello. No era un drama ni nada parecido, pero para ella, en esos momentos, esa situación se había convertido en algo que no sabía gestionar. No entendía cómo el cuento se había terminado tan de repente. Pensó mil excusas por las que Mateo no estaba en el parque, inventó mil historias, cada cual más inverosímil para intentar explicarse el porqué de la ausencia del abogado. Ninguna era válida, ninguna era creíble, ninguna tenía sentido para ella. Pensó en un accidente, en trabajo, en la oposición, en una enfermedad, en muchas más cosas, pero la que volvía una y otra vez a su mente y que tenía más fuerza que el resto era que Mateo había desaparecido porque había conseguido lo que quería: acostarse con ella y nada más. Ella había sido un juguete en sus manos, como si fuera un trofeo de caza, él ya había obtenido su recompensa y a otra cosa. Por los pocos datos que tenía y la forma de ser de Mateo, eso no podía ser así, pero estaba acostumbrada a que no todo pareciera como era en realidad. Quizás se había precipitado, se había enamorado antes de lo conveniente, pero sabía que en los sentimientos no podía mandar, los suyos eran como eran y nada podría cambiarlos, al menos de momento. Era evidente que se había ilusionado después de mucho tiempo y el candidato había resultado ser una manzana podrida: muy buen aspecto exterior pero, por dentro, nada aprovechable, o eso parecía suceder. Todos esos pensamientos bullían en la cabeza de Candela, se resistía a pensar que Mateo fuera así, así como su cabeza se empeñaba en hacérselo ver; quizás, pensándolo bien, no era tan distinta de Estrella. Ella no veía el mal que le producía Toño, porque estaba totalmente enamorada de él, y ella quizás no veía que Mateo no era tan bueno como quería creer porque ella también estaba total y absolutamente enamorada de Mateo. Al final no eran tan diferentes.

El paseo se alargó más que nunca, Hacendado estaba encantado con poder saltar y correr, aunque su dueña no estaba muy por la labor de jugar con él. Él

quería ir tras la pelota, pero Candela apenas se la había lanzado un par de veces. No era buena compañía. Bien entrada la noche, regresó a casa, tenía el tiempo justo para darse una ducha, preparar la cena y esperar a Estrella para cenar juntas.

—Hola, Cande —saludó Estrella entrando contentísima.

—Hola, Estrella, ya está lista la cena. Sopa de fideo y algo de embutido. Hoy no me apetecía mucho cocinar —admitió Candela distraída.

—¡Vale! No hay problema —contestó sentándose de forma cansina a la mesa —. Hoy me ha llamado Toño al trabajo, me he asustado cuando me han avisado para decirme que tenía una llamada urgente, pensé que algo raro había ocurrido. Cuál ha sido mi sorpresa que era Toño, ¡no me lo esperaba! —explicaba sonriendo.

—Y ¿qué quería?, ¿qué le pasaba? —preguntó Candela un poco extrañada.

—Nada, decirme hola y que me quería mucho —admitió Estrella encantada de la vida.

Los ojos de Candela se salían de las órbitas.

—Ah —respondió Candela alucinada, podría haber añadido su punto de vista, pero no quería echar leña al fuego. Algo le decía que esa aparente calma sería el anuncio de una gran tempestad.

Estrella continuó hablando de las bondades de Toño, pero Candela no escuchaba, tenía su mente en otra parte. Necesitaba saber el porqué de la ausencia de Mateo. Igual había sido un imprevisto de última hora y ella había hecho una gran bola maquillando de tragedia lo que realmente era algo sin importancia. Pero no podía dejar de pensar en ello.

Capítulo 21

A la mañana siguiente, Candela estaba mucho más tranquila. Había ordenado su mente y sus pensamientos. Tenía que dar la importancia justa a las cosas. Si Mateo no había aparecido por el parque tendría una explicación, tarde o temprano lo sabría. Hasta ahí. No quería dar más vueltas al asunto.

Volvió a casa y vio en la puerta el coche de Estrella, era raro: ella, por la hora que era, ya debería estar trabajando. Entró impaciente en casa y vio a Estrella hecha un ovillo en el sofá, estaba tapada con una manta y movía su cuerpo en una mezcla de sollozo y tiritona.

—¿Qué pasa, Estrella? —preguntó asustada Candela al entrar. Ella no respondía—. Estrella, ¿qué tienes? —cuestionó de nuevo retirándole el pelo que cubría su piel. Lo tenía pegado a la cara, enredado y húmedo en una mezcla de lágrimas y mocos. Ella no podía reaccionar. Candela abrazó a su amiga sin pensárselo, eso siempre funcionaba. En cuanto se calmara, hablarían largo y tendido.

Estrella lloraba sin consuelo, algo le decía a Candela que todo lo que la pasaba a su amiga tenía que ver con Toño, pero no quería adelantar acontecimientos. Cuando logró que Estrella se calmara, ella empezó a contarle que por la mañana Toño se había presentado en casa, estaba fuera de sí. No sabía muy bien por qué razón, y que una cosa había llevado a la otra haciendo que él levantara la mano. No había llegado a pegarla, en el último instante había retirado la mano, sin embargo, el hecho estaba ahí.

A medida que Candela escuchaba todo aquello, no pudo evitar ponerse más y

más furiosa. La violencia no la concebía, y menos entre una pareja que se suponía que estaban juntos porque querían, porque había amor, porque compartían inquietudes…, por mil y una razones. Nunca habría pensado que todas las broncas y peleas entre Estrella y Toño derivarían en agresión. Todo era demasiado fuerte. Candela se estaba conteniendo porque, en esos momentos, su amiga lo que necesitaba era apoyo moral, no una reprimenda, pero la idea que tenía de lo sucedido y lo que pensaba de Toño era muy clara. Lo más cerca de él, en el infierno. No era buena persona, eso lo sabía, pero había traspasado una línea que indicaba que ya no había vuelta atrás. Ese hombre no merecía a su amiga, era una mala influencia, la estaba anulando y terminando con la poca autoestima, amor propio y orgullo que poseía Estrella. Aparentemente, ella era una mujer fuerte, segura de sí misma, a la que nada se le ponía por delante, pero eso era de cara a la galería. En la realidad, era una mujer dependiente de un hombre que no valía la pena, que le había hecho creer que, si no estaba a su lado, no podría hacer nada sin su beneplácito, ni siquiera valerse por sí misma. Un hombre que pensaba que él era el único hombre de la tierra que la querría, porque eran tantos los defectos que tenía que nadie más podría fijarse en ella y, mucho menos, amarla. Estrella tendría defectos, como todo el mundo, pero también tenía un corazón inmenso, era una mujer hecha y derecha con unos valores que Toño se había encargado de emponzoñar con su forma de ser. La chantajeaba emocionalmente, se podía decir que la agredía psicológicamente cada vez que él quería. Siempre había una buena razón para hacerlo, y eso hacía que Estrella empequeñeciera más y más. Ella tenía metido en su cabeza que poco o nada podía hacer si Toño no estaba a su lado.

Candela escuchaba pacientemente a su amiga, no había emitido ni una palabra, ni un juicio de valor, nada de nada. Ella no era quién para meterse en la vida de nadie, nunca lo había hecho, pero ya iba siendo hora de cambiar las cosas. La situación era insostenible, Candela ya no soportaba más ver así a su amiga, día sí día también. El conato de agresión era la gota que colmaba el vaso, ya no podía contenerse: si Estrella no ponía cartas en el asunto, lo haría ella. Toño no se saldría con la suya. No.

—Estrella, cielo, esto no puede seguir así, lo sabes, ¿no? —musitó Candela lo más sosegadamente que pudo.

—Cande, lo sé, pero igual he hecho algo mal y por eso se ha puesto así —argumentaba sollozando e intentando justificar por enésima vez el comportamiento de su novio.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó Candela incrédula. Se iba alterando por momentos—. No has hecho nada mal, Estrella, él no se comporta

como debería, tú no tienes la culpa de nada aunque te lo haya hecho creer así. Te manipula —afirmó segura de sí misma la maestra que, hasta entonces, nunca había dado su opinión con respecto a Toño de forma tan abierta.

—Cande, yo es que…, creo que… —titubeaba temblado. Estrella no sabía muy bien qué decir; en el fondo, su amiga tenía razón y lo sabía, pero no quería ver más allá.

—¡Es que nada! —sentenció Candela—. Deberías denunciar, yo te acompaño donde sea, pero esto no va a terminar bien como sigas así —concluyó seria.

La actitud de Candela impactó a Estrella, nunca se había puesto así de seria. Habían discutido, pero el semblante duro y regio de la maestra hizo que Estrella recapacitara por un momento.

—Tengo que pensarlo —admitió Estrella un poco más repuesta.

—Vale, estoy aquí para lo que necesites —dijo Candela un poco decepcionada, y es que sabía que la denuncia no iba a llegar, solo esperaba una cosa, que no fuera demasiado tarde.

Las dos amigas pasaron la tarde juntas, Estrella había llamado al trabajo para decir que no se encontraba bien, así que disponían de tiempo de sobra para ellas dos. Pasearon a Hacendado como tantas otras veces, apenas hablaban, Estrella estaba cabizbaja y no muy comunicativa, pero el aire libre la espabiló un poco. Candela miraba a uno y otro lado para ver si veía a Mateo, ya eran dos los días que no tenía noticias de él. La incomodaba la situación, pero lo más importante era Estrella. Ella se había ofrecido a ayudarla y así lo haría.

Capítulo 22

Al día siguiente, Candela fue a trabajar. Durante toda la mañana estuvo en contacto permanente con su amiga. Si no era una, era la otra la que llamaba, o bien se mensajeaban para ver que tal iba el día. Candela se preocupaba por su amiga, pero lo que más miedo le daba era que Toño apareciera de nuevo y ocurriera algo fatal.

Cuando llegó a casa, el coche de Estrella no estaba, eso era buena señal, eso significaba que se había ido a trabajar. Todo iba relativamente bien, aunque esa calma no le gustaba demasiado a Candela.

Comió, recogió y salió a pasear con Hacendado, una nueva tarde que Mateo no apareció. Candela llegó a la conclusión de que ella había sido para él un reto, lo había conseguido y ya. No lo hubiera esperado de él. Pero Mateo era un hombre ambicioso que iba a por lo que quería, por lo menos cuando hablaba de sus proyectos futuros lo tenía muy claro. Otra decepción más pero, como siempre, Candela era de buen conformar. El haber terminado de forma radical una historia que estaba empezando no era agradable. De hecho, se sentía utilizada, pero era mejor eso que sufrir como lo estaba haciendo su amiga. Sería que él no era para ella. A pesar de todo, conservaba buenos recuerdos de su efímera relación con Mateo, no podía decir que se hubiera portado mal con ella, si lo dijera estaría mintiendo. Era un hombre atento y galante, la había tratado con respeto y había estado pendiente de ella en todo momento, le había hecho el amor como nunca nadie se lo había hecho, así que se quedaría con esos buenos recuerdos, sus paseos con el perro y sus conversaciones. La única pega era que

había desaparecido sin dar explicaciones. A Candela le hubiera gustado obtener una explicación por su parte, pero se conformaba con lo que la vida le daba. Si tenía que ser así, así sería.

Estrella llegó de trabajar agotada, entre la noche anterior y el trabajo no podía estar de otra manera. En cuanto llegó, Candela la notó algo rara.

—¿Qué tal, Estrella? —preguntó en tono neutro.

—Bien. Esta mañana he quedado con Toño —confirmó serena.

Las alarmas de Candela se activaron, no pintaba nada bien todo aquello.

—¿Y? —inquirió con cautela. No quería sacar conclusiones antes de tiempo.

—Le he dicho que todo se ha acabado entre nosotros. Lo de ayer no estuvo bien —afirmó moviendo de forma imperceptible los hombros, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—No. No lo estuvo y es lo mejor que has podido hacer, aunque duela —confirmó Candela abrazando a su amiga que se había echado a llorar.

—Es que, Cande…, yo lo quiero… —confesó sollozando.

—Lo sé, no es tan fácil deshacerse de esos sentimientos —dijo frotando la espalda de su amiga—. Pero remitirán y te sentirás mucho mejor. Él no es bueno para ti.

—Cande —comenzó a hablar tras desprenderse de los brazos de su amiga mientras la miraba fijamente.

—Dime —contestó ella.

—Ahora te necesito más que nunca —admitió viniéndose debajo de nuevo.

—Aquí me tienes, no te preocupes, estaré contigo en lo que decidas —afirmó Candela orgullosa de su amiga. Había dado un paso muy importante. Impensable hasta hacía unas cuantas horas.

—Gracias —comentó apretando fuertemente otra vez a su compañera en un abrazo desesperado.

Las dos amigas cenaron de forma tranquila hasta que sonó el timbre. Candela abrió la puerta, sabía de sobra quién era.

—Hola, Candela —saludó Toño con una sonrisa en la cara. Era un encantador de serpientes. Estaba como si nada hubiera pasado—. ¿Estrella está por ahí?

—Sí, aunque creo que no es buena idea que entres—espetó Candela seria.

—Déjalo, Cande, estoy bien —se oyó una voz tras de sí.

La mueca de decepción que mostró Candela en su cara le hizo ver a Estrella que su amiga no admitía lo que estaba haciendo pero, una vez más, no dijo nada.

—Estaré en mi habitación —contestó Candela a modo de despedida. Esa era la frase que englobaba muchas cosas, englobaba el «si necesitas algo, ahí estoy»,

«si necesitas, ayuda sabes dónde encontrarme», «este tío no merece la pena», «no caigas de nuevo en sus redes». Un montón de cosas que Candela esperaba que su amiga captara.

Candela cerró la puerta nada más entrar. No oía hablar ni a Estrella ni a Toño y no sabía muy bien interpretar todo aquello, no sabía si era buena o mala señal.

Candela se quedó dormida y expectante al mismo tiempo. Cualquier ruido raro que escuchara haría que se levantara de la cama sin pensárselo, acudiría a la llamada de su amiga sin dudar.

Capítulo 23

A la mañana siguiente, Candela se levantó. Oyó ruidos, era Estrella que reía como una niña pequeña. Candela resopló, eso solo podía significar una cosa: que Toño había pasado la noche con ella y que todo volvía a empezar. No quería inmiscuirse en la vida de su amiga, pero la actitud la estaba empezando a molestar bastante.

—Buenos días, Candelita —soltó Toño con aire chulesco.

Candela solo permitía que le llamara así Estrella.

—Buenos días, Candela si no te importa —espeto sin un ápice de empatía.

—No, no me importa, Candelita —volvió a repetir para incitar a la maestra, quería que entrara al trapo y respondiera. Pero por ahí no iba a conseguir nada. Si algo era Candela, era pacífica al cien por cien.

—Buenos días, Cande —saludó una sonriente Estrella, que se amarró a Toño por la cadera.

—Buenos días —contestó Candela mirando a su amiga para escrutar qué era lo que estaba haciendo, pensando y sucediendo en la vida de su compañera de casa, no lograba entender nada.

—No te has levantado hoy con buen pie, Candelita —volvió a la carga Toño.

—Déjala, cariño —intervino Estrella, que no quería incomodar a su amiga.

—La verdad es que no —afirmó Candela, que no sabía por qué, pero le había contestado de mala manera cuando ella nunca lo hacía, siempre era educada—. Siempre hay alguien que te fastidia un bonito día.

—Uy, uy, uy —contestó Toño dándose por aludido—. ¡Qué carácter, mujer!

—añadió con sorna—. Quizás para endulzarlo necesitarías que alguien te diera un buen meneo —concluyó tras hacer un gesto obsceno, provocando que Candela se pusiera de los nervios. No por el gesto, sino por la maldad de sus palabras.

Candela no dijo nada, no quería entrar al trapo. Las gracias de Toño para ella no lo eran. Si las hiciera con intención de animar o por hacerse el gracioso, lo podría aceptar, pero él no daba puntada sin hilo y lo hacía para molestar. Pero la táctica de Candela era clara, su máxima era: «no hay mayor desprecio que no hacer aprecio». Se terminó de arreglar y fue hasta la guardería, allí cambiaría el chip y se dedicaría a sus niños. Los sábados también trabajaba, pero no le importaba en absoluto. Se iban turnando unas con otras, la carga de trabajo era menor, pero allí tenían que estar.

De vuelta a casa, Candela comió y fue a pasear a Hacendado. Cada vez se sentía peor, la ausencia de Mateo la estaba afectando más de la cuenta, lo reconocía. Y es que esos momentos con él habían sido mágicos.

Paseando, creyó ver una silueta muy parecida a la de Mateo, eso hizo que se activara, aceleró el paso, pero no hubo suerte. Cuando estuvo por la zona en la que había visto la silueta, no quedaba rastro de esa persona. Quizás fuera una ensoñación o creía ver cosas que en realidad no existían. Siguió con su paseo algo intranquila, creía ver y oír a Mateo por todas partes, pero no era real. Decidió volver a casa realmente abatida.

Estrella volvió de trabajar encantada de la vida, la nueva oportunidad que había dado a su relación también la había animado. Candela sabía que no duraría mucho, nunca habían estado separados mucho tiempo, en realidad nunca antes Estrella había tomado la determinación de cortar la relación con Toño, el detonante había sido la casi agresión física que había sufrido. Pero parecía que poco o nada quedaba de aquello, se le había olvidado.

—Hola, Cande, ¿qué tal? —preguntó entrando en casa.

—Bien —contestó Candela más seria que otras veces. El cambio de actitud de Estrella y el comportamiento de Toño no le gustaban, no era rencorosa, pero se sentía dolida, sobre todo con su amiga.

—Sabes cómo es Toño, no se lo tengas en cuenta —expuso Estrella a bocajarro. Se conocían y era algo estúpido disimular.

—Desgraciadamente lo sé de sobra —afirmó Candela.

—¡Vengaaa! ¿No estás contenta de que yo esté feliz? —preguntó Estrella con tono infantil mientras abrazaba a su amiga.

Candela no contestó, estaba contenta porque su amiga fuera feliz, pero sabía que era todo una pantomima.

Cenaron prácticamente en silencio, sobre todo Candela, solo hablaba Estrella.

Estaba embalada, el nuevo giro que ella pensaba que había tomado su relación la hacía ilusionarse más y más. Candela escuchaba alucinada, no entendía cómo alguien podía estar tan ciego de amor.

Se despidió y se fue a la cama. No había sido un buen día para ella.

Los días iban pasando, la relación entre Estrella y Candela cada vez era más distante, principalmente por las apariciones inesperadas de Toño, sus comentarios dañinos y sus ganas de enfrentar a las dos amigas. Él disfrutaba haciendo alusiones a Candela como si ella no estuviera delante, malmetía a Estrella y ella, de vez en cuando, también la provocaba. Candela era consciente de toda la manipulación a la que se veía sometida su amiga, sin embargo, disimulaba como que todo era un juego inocente. Pero sabía de sobra que no era tal. Candela se sentía agredida, que lo hiciera Toño la molestaba, pero que Estrella entrara en ese juego de descalificaciones y daño gratuito no lo concebía. Estaba decepcionada con su amiga.

A todo esto se unía la casi desesperación por saber de Mateo, era algo irremediable para ella, quería saber, solo eso. Nada más una explicación convincente de su desaparición. ¿Que él decidía que lo que estaba comenzando no le llenaba o no estaba convencido de ello?, resignada lo aceptaría, pero necesitaba ese dato. Así como así no desaparecía la gente de la vida de uno.

Candela no estaba pasando por su mejor momento, de repente se vio desplazada por su mejor amiga y abandonada por el hombre del que se había enamorado perdidamente. Solo le quedaba su amigo fiel, Hacendado, su perro, el perro callejero que recogió un día y que parecía percibir el estado anímico de su dueña. Él estaba más mimoso que nunca, se acercaba a su dueña para darle un lametón, un pequeño empujón o lo que fuera. Era como si quisiera decir a Candela que él estaba ahí, que no iba a abandonarla.

Capítulo 24

A primera hora de la mañana, Candela empezaba un nuevo día. Como se había levantado más temprano que nunca, sacó a Hacendado a dar un paseo corto. Así, cuando Estrella se levantara, el perro estaría más tranquilo. Fue hasta el parque y constató que era Mateo el que corría por allí. El tiempo se la echaba encima, pero necesitaba saber el porqué de su adiós. Aceleró el paso, pero parecía que Mateo iba más rápido que nunca. No logró alcanzarlo ni ver hacia dónde iba. Más frustrada que cualquier otra vez, volvió a casa. Dejó al perro y fue a trabajar. En ese aspecto tuvo suerte, ya que su día fue muy ajetreado, los niños estaban más activos que nunca, a eso se le sumó una pequeña caída de uno de ellos, y el resto de las actividades cotidianas. Estuvo muy entretenida durante toda la mañana.

Llegó a casa, comió y salió de nuevo. Sin novedades. Mateo no estaba en el parque. Candela había decidido dar por zanjado el asunto de Mateo. No era plan de estar dándole vueltas continuamente a algo tan efímero. Había durado poco, sí. Se había sentido a las mil maravillas con él, también. Todo había concluido. Fin de la historia.

Llegó a casa y decidió ponerse a escribir, lo tenía un poco abandonado, pero no lograba concentrarse, así que releyó alguna de las historias que tenía escritas y se dedicó a ilustrar algún párrafo. Estuvo entretenida bastante tiempo, preparó la cena y esperó a Estrella.

Estrella llegó seguida de Toño, entraron como si fueran una avalancha, estaban muy exaltados los dos. Gritos, malos modos, faltas de respeto, lo de siempre. Candela no soportaba aquello más y saltó.

—¡Basta ya! —gritó levantando la voz.

Tanto Toño como Estrella se sorprendieron al oír la voz de Candela en un tono más alto de lo habitual.

—No te metas donde no te importa —soltó Toño con desprecio.

—Me meto porque me importa, estás en mi casa —afirmó sacando fuerzas de no sabía muy bien dónde. Ella se solía acobardar ante situaciones violentas.

—Cande… —intervino Estrella.

Las dos amigas se miraron y no dijeron más.

—Ella tiene mucha culpa de lo que nos pasa a ti y a mí —sentenció Toño señalando a Candela, que no daba crédito a lo que oía.

—¿Yo? —preguntó ella incrédula.

—Sí, la mosca muerta, la perfecta, la reprimida y amargada —enumeró como si todos esos calificativos tuvieran algo de verdad—. Metes pájaros en la cabeza a Estrella, ella te hace caso y al final lo nuestro se resiente —argumentó Toño del tirón. Era soberbio en sus modos, dañino y despiadado. Escupía las palabras con inquina, como si ella fuera la única culpable. Y es que, una vez más, todos tenían la culpa de que lo suyo no funcionara. Era experto en tergiversar las cosas y dar la vuelta a la tortilla.

—¡Basta ya! —intervino Estrella. Quería a ambos y estaba entre la espada y la pared.

—Buenas noches —respondió Candela como pudo, tenía un nudo en la garganta que no le dejaba articular palabra.

Se fue a su habitación decepcionada y hundida. Era todo lo que la había afectado: las palabras de Toño, hirientes a más no poder; la idea que tenía de ella y de cómo influía a su amiga, y también la actitud de Estrella. No la había defendido de las acusaciones de Toño, eso era lo que más le dolía. Esa situación había tocado a Candela. Nunca habían discutido de forma tan acalorada, algo se había roto en su interior. Una nueva decepción a sumar a su lista. Últimamente parecía que solo coleccionaba decepciones.

Candela oyó la puerta cerrarse de muy malas maneras. Sabía que Toño se había ido y tarde o temprano Estrella volvería a su habitación. No tardó en llamar.

—Cande, ¿podemos hablar? —preguntó con cuidado.

—No me apetece, Estrella, estoy cansada y quiero dormir —contestó en un tono prácticamente inaudible.

—Ya lo sé, pero es que lo que ha pasado, pues…

—Ha pasado, Estrella, está todo muy claro. Mañana hablamos si quieres —

cortó sin ganas de seguir con aquella conversación.

—Vale —dijo ella.

Estrella se fue y Candela, de nuevo, comenzó a llorar. Era muy sensible y todo la afectaba más de lo que debería.

Capítulo 25

Como era de esperar, la noche para Candela fue horrible. Normalmente dormía bien, no tenía problemas que la hicieran perder el sueño y su conciencia estaba tranquila. Pero esa noche fue diferente, las palabras hirientes de Toño la habían hecho pensar en cómo actuaba, ella no solía meterse en las relaciones ajenas, con Estrella reaccionaba de igual modo. Nada más daba su opinión cuando su amiga se la pedía, y casi siempre solía ser de forma cordial y midiendo mucho las palabras para no hundirla. ¿Por qué había dicho Toño todo aquello? Pensándolo mucho llegó a la conclusión de que él había vuelto a utilizar la misma táctica que con Estrella. Trataba de llevarlo todo a su terreno, distorsionando la realidad para que todos creyeran lo que él decía y no lo que sucedía realmente. Ella había dudado por un momento, y si ella lo había hecho, lo podría hacer cualquiera. Él era experto en eso.

El caso era que había dudado de su forma de ser lo primero, y eso no le gustaba. La relación con Estrella, a partir de ese momento, iba a vivir un antes y un después, si ella misma había dudado, ¿cómo no lo iba a hacer Estrella, que se creía a pies juntillas lo que Toño decía? Era inevitable.

Candela no quería romper la relación que la unía a su amiga, pero tal y como estaban sucediendo los acontecimientos, tenía poco claro que la convivencia no se viera afectada. Quizás era momento de cambiar de aires, de domicilio y de actitud ante la vida. Hablaría con Estrella de lo sucedido la noche anterior, dejaría las cosas claras y, si no percibía cambio de actitud por parte de ella, buscaría un nuevo lugar para vivir. Iba a echar de menos su casa, el lugar donde

estaba lo consideraba su hogar, pero no tenía inconveniente en ir a otro sitio y empezar de cero, como lo había hecho cuando fue a parar allí. El nuevo sitio que encontrara lo transformaría convirtiéndolo en su hogar.

El problema también estaba en Hacendado, no quería meterlo en un piso, donde vivía estaba muy bien. Quizás pidiera a Estrella que se quedara con él. Ella lo pasearía como hacía hasta el momento. Si encontrara un lugar idóneo para sus necesidades y las del perro sería magnífico, pero todo le decía que iba a ser complicado.

Tras un duro día de trabajo, y es que los niños absorbían la energía de Candela, llegó a casa, comió y salió al parque. Seguía sin noticias de Mateo, pero en ese momento poco la importaba ya, estaba más centrada de la conversación que tenía pendiente con Estrella que del resto de cosas.

A las diez de la noche pasadas, Estrella entraba en casa. Candela no sabía muy bien cómo abordar el tema, actuaría como siempre, de forma pacífica y conciliadora. Era de la opinión de que hablando se entendía la gente.

—Buenas noches, Estrella —dijo ella distraída mientras aliñaba la ensalada.

—Hola, Candela —saludó en un tono frío.

—¿Quieres cenar primero o hablamos? —preguntó sin más demora.

—Lo que prefieras —contestó Estrella distante.

—Pues preferiría hablar de lo de anoche si no te importa —eligió usando un tono neutro.

—Te escucho —contestó Estrella sentándose, poniendo los brazos cruzados sobre el pecho mientras miraba a su amiga con mirada escrutadora.

—Lo de anoche no me gustó —afirmó sin más.

—Me imagino —corroboró Estrella, que parecía que no iba a poner las cosas fáciles a Candela.

—Me dolió tu actitud lo primero, y lo segundo las acusaciones de Toño —confesó con una mueca de dolor en su cara.

—No entiendo por qué —espetó ella en tono chulesco. Estrella se había convertido en un ser desconocido para Candela, no daba crédito a lo que estaba viviendo.

—Vale, ya entiendo todo. No tengo más que decir —admitió Candela dolida y decepcionada; por mucho que intentara que su amiga reaccionara, iba a ser imposible. Estaba envuelta por el halo de mezquindad que Toño se había encargado de tejer a su alrededor.

Toño lo había vuelto a conseguir, ahora había logrado que las dos amigas se distanciaran de forma radical, la brecha que había surgido entre ellas parecía insalvable.

—Pues vale —dijo Estrella—. Voy a cenar, vengo hambrienta —concluyó cogiendo el tenedor con mucho ímpetu.

—A mí se me ha quitado el hambre —murmuró Candela yéndose a su habitación—. Por cierto, Estrella, esta semana voy a empezar a buscar un nuevo piso o casa, creo que poco o nada tenemos en común. Por el bien de las dos creo que es lo más conveniente —explicó volviéndose antes de irse de forma definitiva.

—Como quieras —contestó con desdén—. Ah, por cierto —apostilló Estrella —. ¿Qué vas a hacer con el perro?

Que se refiriera al perro de ambas con ese desprecio y sin llamarlo por su nombre no gustó a Candela, hizo incluso que mostrara una mueca de dolor en su cara. ¿Ahora el perro suponía un estorbo para ella? O quizás fuera que a Toño no le gustaba el animal. Seguramente fuera la segunda opción la válida.

—De momento y hasta que encuentre algo definitivo, se quedará aquí si no te importa; en cuanto me instale, me lo llevo —afirmó sin dejar opción a réplica.

—¡Perfecto! —contestó Estrella sin mirar a los ojos a su amiga.

Capítulo 26

La búsqueda por parte de Candela se volvió infructuosa. No había sido fácil encontrar su primera casa, y la segunda llevaba el mismo camino. Lo que le cuadraba no entraba en su presupuesto; lo que era bueno para ella no lo era para Hacendado. Debería tomarse las cosas con más calma, quizás tuviera que pagar un alquiler más alto si así encontraba un sitio adecuado para su perro. Tendría que ajustarse más el cinturón, aunque con la vida que llevaba no le resultaría difícil. No salía mucho, no era caprichosa en cuanto a ropa y calzado. No gastaba más que en comida, alquiler y poco más. Tendría que reajustar alguna partida, pero no lo veía del todo imposible el irse de casa. Había mirado cerca de la guardería donde trabajaba, pero al ser una zona de nueva construcción, los alquileres eran pocos y desorbitados; en otras zonas eran más asequibles, pero le era imposible prácticamente llegar a trabajar a tiempo si tenía que ir en bici, y el transporte urbano no le aseguraba demasiado que así fuera. Por la zona donde vivía en la actualidad había algo, pero esa área se estaba revalorizando, y con ello, los alquileres. Sabía que podía encontrar un lugar ideal para ella y su perro pero, de momento, la búsqueda no había dado buenos resultados.

Candela llegó a casa exhausta, había estado pateando la zona en busca de información de lugares que le podían cuadrar, a algunos propietarios los había llamado, otros habían quedado en decirle algo más adelante, el caso era que, de momento, nada de nada.

Entró y allí estaba Estrella, como no hacía demasiado tiempo, acurrucada y hecha un ovillo en el sofá. Candela acudió sin pensárselo a socorrer a su amiga.

Esos días la tensión se cortaba en el ambiente, pero eso no importaba en ese instante.

—Estrella, ¿qué te ha pasado? —preguntó arrodillándose junto a Hacendado.

—Nada —contestó sollozando.

Candela estiró la mano y retiró el pelo y la manta que tapaban la cara de su amiga. Ante ella apareció una mancha morada a la altura del ojo y la sien.

—¡¿Cómo que nada?! ¡Por favor! —gritó Candela enfadadísima—. Ahora mismo vamos a denunciar —espetó de forma tajante.

—No quiero, Cande —balbuceó.

—¿Cómo que no quieres?, vístete que te acompaño, ¡no se hable más! —zanjó. No había opción. Esa era la única salida. Denunciar sí o sí.

Candela fue a la habitación, se deshizo de su ropa deportiva y se puso unos pantalones vaqueros y un jersey de lana de rayas multicolores y de cuello vuelto. Fue hasta el salón, pero Estrella seguía inmóvil.

—¡Venga, Estrella! ¡Vamos! —alentó a su amiga. Estrella se levantó de forma renqueante y abrió los brazos. Necesitaba el apoyo de su amiga para ese duro momento—. Venga, Estrella, todo va a ir bien, yo estoy aquí contigo, nada malo te va a ocurrir —decía Candela frotando la espalda a su amiga que no dejaba de llorar.

—Quizás no sea lo mejor —se atrevió a decir Estrella.

Candela se deshizo del abrazo, frunció el ceño y dijo de forma contundente:

—¡Es lo mejor! Lo sabes, y también sabes que, si no das este paso, esto va a ser el principio de muchas palizas —afirmó de la forma más cariñosa que pudo.

Las dos amigas fueron en el coche de Estrella hasta la comisaría más cercana. Candela condujo mientras intentaba animar a su amiga, miraba de reojo a Estrella, que parecía un ser al que le había abandonado su color, tenía la vista perdida y apenas contestaba a nada de lo que Candela le decía en su afán de intentar que se olvidara un poco de lo ocurrido.

En la comisaría, Estrella tuvo un ataque de pánico, intentó por todos los medios evitar hacer la denuncia, pero Candela no dejó de animarla. Si Toño era de la opinión de que Candela influenciaba a Estrella para que hiciera cosas que los separara, que lo pensara pero con razones fundadas. Candela no cejaría en el empeño de que ese malnacido pagara por lo que había hecho.

El trago no fue agradable para Estrella, como era lógico. En esa comisaría tenían una unidad de violencia de género y rápidamente atendieron a Estrella. Desgraciadamente, no podía ocultar los golpes, y eran muchas mujeres las que acudían en su mismo estado a diario. Después de la denuncia, en la que orientaron a Estrella profesionales muy familiarizados con el tema, salió de la

comisaría un poco más tranquila. El siguiente paso era ir a urgencias, allí verían el alcance de las lesiones.

No parecía nada grave en principio, era más el dolor mental provocado que el físico. Con el parte de lesiones ya tendría otro documento que atestiguaba que había sido maltratada físicamente. En cuanto la vieron los médicos, le preguntaron si había denunciado, si no lo habían hecho lo harían ellos, era su deber por muchas pegas que pusiera. Estrella estuvo arropada por Candela en todo momento. El tener allí a su amiga hizo que se sintiera un poco mejor, después de todo, tenía a alguien que la quería, no como decía Toño. Él decía que, si él no estaba a su lado, ella estaría sola, pero no era cierto. Candela se había comportado con ella como solo las amigas verdaderas lo hacían. Sobre todo, en los malos momentos.

Capítulo 27

De nuevo en el coche y mucho más tranquila, Estrella comenzó a hablar.

—Cande, gracias por todo —murmuró con un hilo de voz.

—Para eso estamos —contestó Candela tocando el muslo de su amiga mientras maniobraba.

—Quiero que me perdones, no me he portado muy bien contigo estos días, y es que no me he dado cuenta hasta ahora de todo lo que me decías —confesó Estrella compungida.

—Ya está olvidado, Estrella, tenías que darte cuenta, era cuestión de tiempo —afirmó Candela en tono cariñoso.

—Ya, no ha sido de la mejor manera —admitió ella suspirando.

—No, la verdad es que no —confirmó Candela apesadumbrada—. Pero, a partir de ahora, todo va a ir bien, ya lo verás —sentenció Candela intentando que su amiga se recompusiera.

—Eso espero, deseo con todas mis fuerzas que desaparezca de mi vida, que me olvide y que piense que nunca he existido —escupió llena de rabia.

—Tranquila, Estrella, todo saldrá bien. Todo sigue su curso —afirmó Candela que, por un instante, pensó en que la denuncia no iba a sentar precisamente bien a Toño. Temía represalias, aunque no iba a decir nada. No quería preocupar más a su amiga.

—Por cierto, Cande, necesitaré un abogado, ¿tú conoces a alguno?

Candela pensó y rápidamente a su mente acudió la imagen de Mateo, él era abogado, el único que conocía.

—Sí —dijo en tono neutro—. Mateo es abogado —confirmó sin más.

—Ah, vale, pues necesitaría que me pusieras en contacto con él. No sé muy bien cómo va todo esto. Me gustaría que me explicara y, si puede llevar mi caso, se lo agradecería.

—Creo que va a ser un poco difícil. Hace días que no lo veo, pero si quieres me acerco a su casa, sé dónde vive —afirmó Candela que, con tal de ayudar a su amiga, haría de tripas corazón y se enfrentaría a su destino.

—Pues, si no te importa, te lo agradecería —musitó Estrella distraída. No se estaba enterando de nada de lo que ocurría en la vida de su amiga. Bastante tenía ella ya con el devenir de la suya.

Llegaron a casa, las dos amigas estaban agotadas, la visita a la comisaría, al hospital, todos los trámites y papeleos las había dejado extenuadas. Más bien era la situación vivida lo que las había hecho estar así. Cenaron algo ligero y se metieron en la cama.

A los pocos minutos de estar acostadas, llamaron al timbre. Las dos amigas lo oyeron claramente. Sin dar la luz, Candela fue hasta la habitación de Estrella.

—Estrella, ¿estás despierta? —preguntó en un susurro.

—Sí, no puedo dormir —admitió muerta de miedo.

—Han llamado al timbre —confirmó con cautela Candela.

—Lo sé, será Toño. No abras, por favor —pidió tiritando.

—No. No lo voy a hacer —respondió Candela segura de sí misma.

—Cande, ¿te metes conmigo en la cama? —pidió Estrella sollozando.

—¡Claro! —respondió.

La maestra se metió en la cama con su amiga. Los timbrazos no dejaban de sonar, los golpes a la puerta tampoco. Hacendado ladraba como buen perro guardián que era. Los gritos de Toño no se hicieron esperar. Toda esa tensión hizo que Estrella se echara a llorar de nuevo. Candela consolaba a su amiga. Si la situación seguía así, no iba a dudar en llamar a la policía. Toño no se iba a dar por vencido tan fácilmente.

Después de un rato aporreando la puerta, quemando el timbre y llamando por teléfono a Estrella, Toño claudicó. Candela sabía que era algo momentáneo. A partir de ese momento, tendría que estar muy atenta, en cuanto Estrella estuviera sola o se descuidara, Toño haría acto de presencia. La situación se tenía que arreglar cuanto antes, y si ella tenía que echar una mano a su amiga, lo haría. Al día siguiente sin falta iría hasta la casa de Mateo para pedir ayuda.

Capítulo 28

En cuanto Candela salió de trabajar, fue derecha a la casa de Mateo, no sabía muy bien sus horarios y, desde la última vez que él había estado con ella en su propia casa, todo había cambiado demasiado.

Candela sabía que había portero en el edificio, así que, sonsacándole de alguna manera, podría saber algo del paradero de Mateo. La situación era embarazosa para ella. No estaba muy convencida de nada pero, por ayudar a Estrella, lo que fuera.

—Buenas tardes —saludó Candela con una sonrisa en la cara.

—Hola, buenas tardes, señorita —contestó un hombre canoso y regordete, que vestía un jersey de lana verde y pantalones marrones bastante gastados.

—Me gustaría saber si Mateo está en casa, él es abogado… —empezó Candela a explicar.

—Lo sé, señorita, no ha venido por aquí, de hecho, hace tiempo que no viene —confirmó el hombre. La cara de decepción apareció en la cara de Candela—. Lo único que le puedo facilitar es la dirección del bufete donde trabaja, porque es algo profesional, ¿verdad? —inquirió el hombre queriendo enterarse de todo.

—Sí, lo es —confirmó Candela con un atisbo de esperanza.

—Un momentito.

El hombre se metió en su cubículo, era muy pequeño, cabía una silla y una pequeña mesa donde tenía un periódico abierto, un montón de llaves colgadas de la pared y una vieja radio que sonaba bastante mal.

—Aquí tiene, señorita —dijo el hombre tendiéndole una tarjeta de visita.

—Gracias —contestó Candela contenta por haber obtenido algo de información.

Miró la tarjeta que le había ofrecido el hombre y allí leyó FRUTOS & CLARET, ABOGADOS. Era una tarjeta de visita bastante sobria, con la dirección y el teléfono. Podría llamar, pero era mejor presentarse allí y exponer el caso con todo el rigor posible.

Sin perder tiempo, Candela se dirigió hasta allí, todo estaba relativamente cerca y, con la bici, no tardaba demasiado en moverse por el centro de la ciudad.

En pocos minutos, Candela llegó hasta el lugar indicado en la tarjeta. Entró en el edificio, un edificio bastante señorial, antiguo y rancio. El olor al entrar en el portal, mezcla de madera, barniz y perfume caro y espeso no gustaron demasiado a Candela. Cogió el ascensor tras saludar a la portera con la mano, la mujer miraba descaradamente a todo el que entraba mientras tejía un jersey de lana. Respiró profundamente y llamó al timbre de la puerta que tenía frente a sí. Una puerta de madera, brillante, con la mirilla de reja dorada debajo de la cual se leía lo mismo que en la tarjeta: FRUTOS & CLARET, ABOGADOS.

Oyó unos pasos sobre la tarima y el picaporte al moverse.

—Buenas tardes —saludó una chica jovencísima y muy bien arreglada.

—Hola —contestó Candela tímida—. Quisiera hablar con Mateo —pidió titubeante.

—¿Tiene cita con él? —preguntó haciéndola pasar amablemente.

—Lo cierto es que no. Pero es algo urgente —confirmó Candela rápidamente para intentar convencer a la señorita.

—Espere en esa sala, ahora mismo intento hablar con él. ¿Cómo se llama?

—¿Yo? —preguntó Candela nerviosísima. No había nadie más allí, la pregunta era estúpida por su parte. La chica asintió con una sonrisa— Ehh…, Candela —. Dijo finalmente.

Candela se sentó en una de las sillas que había, estaban tapizadas en tonos claros pero brillantes. Todo era demasiado serio para ella, no le gustaban mucho ese tipo de sitios, pero se veía que ese bufete llevaba muchos años en funcionamiento y, aunque ahora la decoración le parecía demasiado barroca, en su época habría sido lo último de lo último.

Mientras esperaba, Candela observaba el sitio en el que estaba, cada vez se sentía más fuera de lugar. Los cortinones, los grandes cuadros, los jarrones, todo la sobrepasaba. Cogió una de las revistas que tenían sobre la mesa. El rato que estuviera allí esperando lo haría entretenida: revistas científicas, de moda sobre todo, alguna de cotilleo, decoración… Eligió una de literatura. Mientras echaba

un vistazo a la revista, la puerta se volvió a abrir. Candela levantó la mirada para ver a la señorita que entraba, cuál fue su sorpresa cuando vio al mismísimo Mateo vestido de traje. Era él el que había ido hasta la sala en la que se encontraba. Un detalle. Candela se quedó paralizada, estaba guapísimo vestido de traje, parecía algo mayor de lo que era en realidad, sin embargo, esa prenda en su cuerpo encajaba como un auténtico guante. Era de color azul marino, con un leve brillo, sin ser estridente. Pantalón bastante ajustado y camisa blanca con corbata. Un bombón.

Capítulo 29

—Hola, Candela —saludó acercándose a una paralizada Candela—. ¿Cómo estás? —preguntó acercándose más aún.

Candela logró levantarse y, en ese instante, Mateo la saludó dándole dos besos en las mejillas. El perfume que inhaló Candela en esa décima de segundo fue diferente al que usaba cuando hacía deporte. Éste era más serio, más penetrante y profundo.

—Hola —contestó tímida—. Quería comentarte un asunto personal, no es para mí, es para Estrella, mi compañera de piso. Algo en términos legales —se apresuró a decir.

—De acuerdo —respondió Mateo algo descolocado por el nerviosismo mostrado por Candela—. Ahora mismo estaba en una reunión importante, he salido para verte, si me esperas media hora aproximadamente, podré atenderte —explicó con una sonrisa en la cara.

—Vale, aprovecho para comer algo y vuelvo a subir —contestó Candela un poco retraída, todo estaba siendo más difícil de lo que había pensado en un principio. El reencontrarse con Mateo, su porte, su aroma… hicieron que su cuerpo reaccionara y reviviera situaciones pasadas. Sin embargo, y a pesar de todo eso, no estaba nerviosa. Los nervios se habían esfumado, la cercanía con Mateo, su forma de hablar y su tranquilidad habían calmado de alguna manera a la maestra.

—Vete al bar El reloj —sugirió sonriendo—, está en esta misma calle, a unos cien metros. La tortilla de patata es extraordinaria.

—Gracias —respondió ella poniéndose la mochila al hombro—. En media hora vuelvo —añadió devolviéndole la sonrisa.

Mateo acompañó a Candela a la puerta. La sensación que tenía Candela era extraña, los nervios del principio habían desaparecido, y parecía como si no hubiera pasado nada entre ellos. Los días de no verse no habían enfriado para nada la situación. Era raro, pero así se sentía. Así, y también excitada, el ver a Mateo vestido de traje, su cercanía, su perfume… todo habían movido algo en el interior de Candela. Una corriente eléctrica que había provocado escalofríos en su estómago.

Como Candela no sabía muy bien los mejores lugares a los que ir a comer algo por la zona, decidió que probaría en el bar El reloj, como había sugerido Mateo. Se encaminó hacia allí, entró, se sentó en un taburete tras la barra y pidió un pincho de tortilla.

Era un bar relativamente nuevo, con una numerosa cantidad de relojes de todo tipo que servían como decoración. Ofrecía un montón de pichos, canapés y bocaditos para comer. No había mucha gente, la hora no era muy propicia para andar de bar en bar, era demasiado tarde para comer y demasiado pronto para las cañas de la tarde. Un camarero muy amable atendió a Candela, se veía que estaba algo aburrido porque entabló con ella una conversación amena mientras Candela probaba la tortilla, que resultó ser como Mateo había dicho.

Durante la conversación, el camarero dijo a Candela que conocía a Mateo, de hecho, eran amigos y a veces entrenaban juntos. Él también se estaba preparando para ser policía, aunque tenía claro que lo de los GEO lo dejaría para Mateo; él, con ingresar en el cuerpo se conformaba. Candela observaba y escuchaba atenta las explicaciones del camarero, y es que oír hablar de Mateo a otra persona hacía que lo conociera un poco más.

Después del pincho de tortilla, el refresco y un café con leche, Candela se despidió del amable camarero y fue de nuevo al bufete de abogados.

Repitió todo como lo había hecho media hora antes, suspiró y esperó acontecimientos. Oyó los mismos pasos y el picaporte. De nuevo la chica amable del principio la atendió.

—Hola, Candela, buenas tardes. Mateo te está esperando —confirmó con diligencia.

Sin tiempo para pensar en cómo empezar a hablar con él y plantearle todo el asunto, siguió a la señorita. Esta llamó a una puerta de madera que también estaba cerrada y, tras oír el permiso pertinente, abrió y cedió el paso a Candela.

Mateo estaba hablando con una mujer de mediana edad, unos cincuenta años aproximadamente, alta y esbelta, muy bien arreglada. Vestía un vestido sencillo

pero muy elegante y unos zapatos de tacón medio en color marrón. Con mucha familiaridad, se despidió de Mateo dándole un toque en el brazo.

—Buenas tardes —saludó cuando se cruzó con Candela.

—Buenas tardes —contestó ella algo cortada

Mateo sonreía y, con un gesto con la mano, invitó a Candela a que avanzara y tomara asiento.

El despacho era sobrio, poca decoración y muy ordenado. Candela se sentó en una silla justo al otro lado de la mesa, enfrente de donde estaba Mateo sentado.

—¿Qué tal la tortilla de Nacho? —preguntó para romper el hielo.

—Tenías razón, está muy rica —confirmó.

—En ese bar encontrarás la mejor tortilla de la zona, te lo digo yo, que he recorrido todos los bares de por aquí —explicó sonriendo.

—Supongo —contestó Candela sin saber muy bien qué añadir.

—Candela, lo primero de todo, antes de que nos pongamos con el caso de tu amiga, me gustaría pedirte perdón —comentó Mateo en tono serio. Su semblante había cambiado y sus palabras y el tono de voz denotaban sinceridad absoluta.

—Si no te importa, Mateo, ahora mismo lo que me importa es Estrella —cortó de la forma más cariñosa que pudo.

—De acuerdo, pero tenemos una conversación pendiente. En cuanto todo esto acabe me gustaría poder explicarme —pidió anteponiendo su profesionalidad a lo que le dictaba el corazón.

—Sí, no te preocupes —contestó Candela. Ella siempre daba opción a los demás a que se explicaran, y con Mateo no iba a ser menos. Además, él tendría sus razones para haber desaparecido como lo hizo.

Capítulo 30

Mateo escuchaba atento a Candela. Ella exponía de la mejor forma posible todos los antecedentes de la relación entre Estrella y Toño. Quizás estaba dando más detalles de los estrictamente necesarios pero, en ese momento, pensó que, cuanta más información dispusiera Mateo de su amiga, mucho mejor. No era por el morbo del cotilleo, de hecho, se sentía como que estaba traicionando a su amiga de alguna manera, sin embargo, esos pormenores jamás saldrían de la boca de Estrella. Su punto de vista sería distinto. Candela sabía que su amiga seguía perdidamente enamorada de Toño, pero el dar el paso de denunciar ya había supuesto un avance importante para ella. Se había desencantado un poco, pero podría flaquear y volver de nuevo a una relación que no le aportaba nada bueno. No sería la primera ni la última que cayera en la tentación, pero el amor era así, o por lo menos así lo veía Candela.

Mateo anotaba algún detalle en un bloc de notas, Candela no veía su letra, él estaba muy concentrado en lo que hacía y apenas la miraba. Mucho mejor para ella, así la vergüenza sería menor. Ya era un trago estar allí, como para tener que toparse con los maravillosos ojos del abogado. De vez en cuando, Mateo preguntaba algo que no entendía o para recabar más información. Candela respondía sin dudar. Cuando se dio por conforme, habló.

—Con esto de momento tengo suficiente —apuntó.

—Vale —contestó Candela incómoda de nuevo. No sabía muy bien qué hacer, quería irse, pero también quedarse, era algo contradictorio, pero se sentía así, inmersa en una contradicción.

—De todos modos, anótame el teléfono de Estrella, la llamaré a lo largo de esta semana, quedaré con ella y veremos lo que podemos hacer —dijo en tono profesional.

—De acuerdo, yo se lo digo —añadió Candela mientras anotaba el teléfono de su amiga en el bloc que Mateo le había entregado.

—Espero que a ese malnacido no se le vuelva a ocurrir poner una mano encima de ninguna mujer —concluyó con rabia.

—Yo también lo espero —corroboró Candela seria. Era recordar cómo tenía la cara su amiga, el miedo que veía en sus ojos y el temblor de su cuerpo, que no quería que ninguna otra mujer pasara por aquello nunca.

Candela se levantó a la vez que Mateo, se puso la mochila al hombro y se encaminó hacia la puerta. Mateo, solícito, fue con ella.

—Candela, necesito explicarte —intervino agarrando el picaporte de la puerta. No iba a dejar salir a Candela por el momento

—Ya hablaremos —se excusó ella sonrojada—. Quiero volver a casa, Estrella está sola y temo que Toño aparezca como la otra noche —explicó.

—De acuerdo —dijo él vencido. Por lo poco que conocía a Candela, sabía que necesitaba su tiempo y su espacio.

—Adiós —se despidió apresuradamente. La cercanía de Mateo había vuelto a ruborizar y a excitar a la maestra.

—Pronto hablamos —sentenció él con una sonrisa que cautivó a Candela.

En cuanto montó en el ascensor, Candela se miró en el espejo, estaba coloradísima, y es que hasta ella se notaba sofocada. Estaba sudando, pero no era un sudor de esfuerzo físico, era un sudor de pasión, de incendio interior. Ese hombre la atraía mucho, demasiado.

Durante todo el camino, fue pensando en Mateo, en todo: en cómo estaba de guapo, cómo olía, rememoraba sus palabras, los momentos vividos con él, los paseos por el parque y, como siempre, el día que hicieron el amor en su casa. Tuvo suerte de que el trayecto no era demasiado largo, porque su mente volaba y volaba.

Llegó a casa, y no había nadie allí. Estrella estaba de baja, no podía ir a trabajar según tenía la cara. Candela se tensó, si ella no estaba en casa podía significar que Toño estaba con ella en otra parte. Tampoco estaba su perro, así que eso la alivió. Estarían juntos de paseo.

A los diez minutos, aparecieron Estrella y Hacendado, que fue raudo a saludar a su dueña.

—Hola, Estrella, ¿cómo estás? —preguntó Candela aliviada.

—Bien, el paseo me ha sentado fenomenal —confesó. Era la misma Estrella

de siempre, aunque el tono de voz estaba más apagado que en otras ocasiones.

—Me alegro —contestó Candela.

—¿Qué tal con Mateo? ¿Has logrado localizarlo? ¿Llevará mi caso? —preguntaba Estrella impaciente.

—Sí, tranquila. He estado hablando con él, me ha hecho alguna pregunta y durante esta semana te llamará. Espero que no te moleste que haya contado un poco de tu vida, sabes que odio el cotilleo, pero creo que era necesario —explicó Candela cauta.

—No te preocupes, no me importa. Ya estás haciendo demasiado por mí —admitió poniéndose a llorar. Estrella estaba demasiado sensible.

—Ven aquí, tontorrona —la animó abrazando a su amiga. Eso era lo que necesitaba en esos momentos: un abrazo reconfortante.

Hacendado se unió al abrazo de las amigas, ese gesto de meterse entre ellas las hizo reír. Eso era lo que necesitaban, reír, y olvidarse por un momento de todo el drama sufrido.

Capítulo 31

Al día siguiente, todo sucedió con normalidad. A la hora de comer, apareció Candela en casa. Estrella estaba esperando a su amiga para comer juntas. Ella iba mejorando de humor y en su aspecto físico también

—Hola, Candela, ¿qué tal tu día?

—Bien, bien, los niños cada día me enseñan algo nuevo —afirmó ella entusiasmada.

—¡Qué calladito te lo tenías, Cande! —espetó con guasa Estrella.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Mateo, es un bombón, cariño —afirmó con una sonrisa. Los colores aparecieron en la cara de Candela, era algo que no podía evitar

—¡Está bien! —contestó de forma indiferente, aunque no era indiferente para nada.

—¡Más que bien! ¡Es un cuerpo de la naturaleza! ¡Un portento! Y como tenga todo como sus manos, ¡madre mía!, ¿te has fijado en las manos que tiene ese hombre? —preguntó acelerada—. Te tiene que acariciar y llevar al séptimo cielo, o al undécimo, no tengo ni idea, pero… —argumentaba Estrella, que estaba exaltada e impactada por lo que había visto. Volvía a ser ella misma.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Candela, que quería desviar el tema cuanto antes.

—Nada, bueno, que es un caso común, que tenemos todas las de ganar y que con la denuncia y el parte del hospital podemos hacer presión. Algo parecido —comentó Estrella dejando a un lado su broma.

—Bueno, pues bien.

—Sí, sí, estoy contenta, la verdad —admitió Estrella más sosegada.

Las dos amigas terminaron de comer, recogieron y fueron juntas a dar un paseo al perro. Hablaban de todo y de nada en particular hasta que Estrella se lanzó a decir.

—Cande, gracias por todo —murmuró queriendo reiterar su agradecimiento por el apoyo recibido.

—De nada, no seas boba, ya me lo has dicho muchas veces —contestó Candela moviendo los hombros para quitar hierro al asunto.

—Ya, pero es que no tengo vida suficiente para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí, aun cuando me porté fatal contigo —reiteró compungida—. Toño me calentaba la cabeza y me hacía no ser yo —admitió por primera vez.

—Todo eso lo sé, no pasa nada.

—Vale —dijo Estrella—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Adelante —asintió Candela distraída mientras lanzaba la pelota de tenis a su perro.

—¿Tú y Mateo?

—Yo y Mateo nada —cortó ella rápidamente.

—¡Ya! Por la forma en que has contestado, ¡tú y Mateo algo! —apuntó Estrella que era muy perspicaz para esos asuntos.

—No sé, Estrella, no me apetece hablar mucho de ello —contestó queriendo zanjar el asunto.

—Ya, Cande, pero si él te gusta y a él parece que también le gustas…. ¿qué problema hay? —preguntó. No entendía nada. Era obvio que sentían atracción el uno por el otro

—Ninguno, Estrella, no hay ningún problema. Nos acostamos, consiguió lo que quería y desapareció. Ese es el resumen y, si no te importa, no me apetece hablar de ello —zanjó cansada de la insistencia de su amiga, el tema la resultaba embarazoso.

—¡Vaya! —contestó Estrella riendo.

—No me hace ninguna gracia —espetó Candela molesta.

—Pues a mí sí, tendrías que verte, pareces una niña pequeña. Si todo lo que me has contado es cierto, habrá alguna razón para que haya desaparecido, ¿no crees? —inquirió.

—Sí, claro que lo creo —concluyó sin más.

—¿Y?, ¿no vas a intentar averiguar qué es lo que ha pasado? —insistió. Estrella era muy insistente cuando quería y aquella conversación estaba

empezando a cansar a Candela. Quería dejar de airear sus intimidades. Estrella era su amiga, pero no le apetecía abrirse con nadie.

—Ya está Estrella, tendrá sus razones, me lo ha querido explicar, pero no sé si quiero saber. El caso es que lo ha hecho y punto, —sentenció de forma rotunda.

—Pues tendrás que aclararlo con él. Esto no puede quedar así —agregó de forma insistente.

—No te das por vencida, ¿eh? —inquirió molesta.

—Sabes que soy muy persistente e insistente cuando quiero.

—Eres una plasta, ¡hija mía! —espetó Candela resoplando. Ya estaba al límite.

—Si no haces nada, sabes que soy muy capaz de prepararos una encerrona, ahora que él es mi abogado tengo suficiente confianza para pedirle ciertas cosas… —provocó con una vocecita maligna.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Candela plantando cara a su amiga.

—Vale, vale —contestó Estrella riendo, sabía que había colmado la paciencia de su amiga. No quería importunarla más.

Capítulo 32

Esa noche Candela, en la oscuridad de su habitación, no pudo evitar pensar en Mateo. Quizás debía dejar que se explicara, era él quien quería hablar con ella. Otros, en las mismas circunstancias, no hubieran hecho la intención tan siquiera. Le daría esa oportunidad y ya. Así se enteraría de una vez por todas de lo que había sucedido. Ella tenía casi claro lo que había pasado, estaba convencida de que había sido un reto, algo inalcanzable, y cuando lo consiguió se terminó la magia. Era su conclusión, pero escucharía la otra versión. Podría coincidir con la suya o no tener nada que ver. En un corto espacio de tiempo lo sabría.

Por la tarde, Estrella y Candela fueron al bufete de abogados de Mateo. Este quería comentar algo a Estrella, así que Candela prefirió esperar a su amiga en el bar El Reloj. La sala de espera y todo lo demás no le gustaban demasiado. Allí empezó a hablar con Nacho, no eran amigos, pero el tiempo se le hizo corto conversando con el aspirante a policía.

A la hora, aparecieron Estrella y Mateo, que hablaban distendidamente. El vuelco que dio el estómago de Candela la hizo moverse incómoda en el taburete en el que estaba sentada. Vio aparecer al abogado y no pudo evitar sonrojarse, parecía mentira como, con la edad que tenía, le seguían ocurriendo esas cosas. Parecía una adolescente, pero no podía evitarlo. Como pudo, recompuso su aspecto, ese día llevaba un vestido, principalmente por la insistencia de su amiga Estrella, no por ganas, se sentía algo incómoda y no sabía muy bien cómo colocarse. Se atusó el pelo, que llevaba suelto, y saludó de la forma más natural que pudo.

—Buenas tardes —saludó Mateo sonriendo.

—Hola —contestaron a la vez Candela y Nacho

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

—Para mí, una infusión —dijo Estrella.

El camarero se apresuró a atender a Estrella, ella impactaba cuando entraba en los lugares, tenía mucho estilo y su presencia era arrolladora. Nacho, solícito, empezó a enumerar la gran cantidad y tipos de infusiones que tenía en el establecimiento, y Estrella encantada.

—Candela, ¿podemos hablar? —pidió Mateo.

Candela sabía que esa conversación tendría lugar antes o después. Era absurdo dilatar más en el tiempo la espera.

—Si quieres... —contestó ella levantando los hombros.

Mateo hizo un gesto a Candela para llevarla a una de las mesitas de las que disponía el bar. Ella tomó asiento delante del café con leche que había acercado hasta la mesa, más por tener las manos ocupadas que por las ganas de beber.

—Candela, como te dije el otro día, quiero disculparme contigo. Desaparecí sin dar explicaciones —comenzó a hablar.

—Ya —dijo ella. Candela era de buen conformar, y el hecho de que Mateo se estuviera explicando ya era suficiente para ella.

—La verdad es que, aunque suene a una patraña o excusa, todo se ha complicado —empezó a explicarse el abogado.

—Me imagino —añadió Candela. Ella contestaba, pero no sabía muy bien la dirección que iba a tomar la conversación.

—Como te conté, mi padre ha fallecido hace relativamente poco, y ahora estamos litigando con mis hermanastros por el testamento. Él lo dejó todo resuelto, pero se ve que ellos no están de acuerdo con las reparticiones y lo han impugnado —confirmó en tono profesional pero también apenado.

—¡Vaya! —comentó Candela sorprendida. Nunca hubiera esperado aquella explicación.

—El caso es que, tanto mi madre como yo, estamos metidos de lleno en todo lo concerniente al testamento. Ella, porque quiere cumplir la última voluntad de mi padre, y yo, porque creo verdaderamente que el reparto es equitativo. A todos por igual —prosiguió gesticulando.

—Entiendo. —Candela asentía y miraba con devoción a Mateo. Era guapo, inteligente, amable y, además, un buen profesional. Era perfecto.

—Ellos no lo consideran así, y están peleando. Quieren arrebatar a mi madre hasta el bufete, y eso que ella ha dejado allí su vida —apuntó Mateo con un

reflejo amargo en su cara.

—Eso no está bien —intervino Candela.

—No, no lo está, y por eso queremos hacer las cosas bien. El día que fuiste a pedirme ayuda para Estrella, la mujer con la que te cruzaste era mi madre. Estamos codo con codo en ello y, cada rato que tenemos libre, lo dedicamos a encontrar la mejor solución posible —afirmó orgulloso.

—Ahora lo tengo todo más claro —sentenció Candela haciendo ademán de levantarse.

Estrella estaba expectante, vigilaba a su amiga desde la distancia, mientras hablaba con Nacho tranquilamente. Hacía más de tres años que no hablaba con un hombre sin tener una bronca después. Se sentía bien, viva y con fuerzas para seguir.

—Hay más, Candela —añadió Mateo impidiendo así que ella se fuera

—¿Más? —preguntó entre sorprendida y curiosa.

—Sí, me han adelantado el examen de la oposición. Tengo menos de dos meses por delante —confirmó mordiéndose el labio. Y ese gesto hizo que el sexo de Candela se contrajera de forma espontánea.

—¡Qué bien! —gritó Candela alegre. Aunque no sabía si la reacción era debida a la noticia o para disimular su estado de excitación.

La cara de Mateo también fue de sorpresa, tal vez esa no era la esperada por el abogado.

—Bien y mal, Candela. Ahora estoy muy centrado en lo del testamento y tengo poco tiempo para entrenar y estudiar. De hecho, lo hago prácticamente de noche, por eso no hemos vuelto a coincidir en el parque —aclaró de forma serena.

—Ya, ya, eso es verdad —caviló—. Un día me pareció verte, pero creo que no eras tú.

—Sobrevivo durmiendo cinco horas diarias, y sé que hasta que haga el examen será así —confesó.

—Pfff, pues es duro —resopló.

—El que algo quiere, algo le cuesta —apostilló sonriendo.

—Eso sí que es verdad —dijo ella más tranquila.

—La cuestión es, Candela, que me gustaría seguir viéndote y bueno…, pues ya sabes… —comentó él algo tímido.

—No —negó ella.

—¿No? —preguntó sorprendido ante la rotundidad de su respuesta.

—No —reiteró—. Ahora lo más importante es la oposición y lo del

testamento. Cuando todo eso lo tengas resuelto, volvemos a quedar y a ver qué pasa —soltó sin más.

—¿De verdad? —preguntó Mateo incrédulo, nunca hubiera esperado esa reacción de ella.

—Claro —afirmó encogiéndose de hombros.

—Como quieras —admitió Mateo noqueado, no daba crédito. Aquella chica era increíble, otra en su lugar, no se lo hubiera tomado ni la mitad de bien que ella.

Candela se levantó y movió la cabeza en un gesto que su amiga percibió. Era hora de irse. Candela necesitaba quitarse los zapatos, el vestido, recogerse el pelo y estar en casa tranquila. Lo necesitaba.

Capítulo 33

El interrogatorio por parte de Estrella no se hizo esperar. En cuanto salieron del bar, comenzó a preguntar sin parar. Era una tontería no contestar a su amiga. Sabía que, hasta que no obtuviera la información necesaria, no estaría tranquila. La bronca cariñosa tampoco tardó en llegar.

—¡Eres tonta del culo, Candela! —espetó—. Te está diciendo que quiere tener algo contigo y le dices que cuando haga un examen. ¡¿En qué estás pensando?! ¡¿En qué cabeza cabe?! —argumentaba sin dar crédito.

—Que yaaa, no me marees, Estrella —se quejó—. Con eso he ganado tiempo —dijo sin más.

—¿Tiempo? ¿Para qué quieres tiempo?, no te entiendo.

—Tiempo para pensar —afirmó.

—¡Venga! ¡Por favor! Eso no se piensa. Está bueno, es amable, educado, y ¡qué manos! ¿Qué tienes que pensar? —preguntó Estrella exasperada por la actitud de su amiga.

—No sé si quiero una relación —admitió encogiéndose de hombros y arrugando la cara.

—¡Y una mierda! —espetó—. Has arrugado la cara, ¡estás mintiendo! Mateo te gusta, y mucho —sentenció Estrella que era muy observadora.

—Sí, ¡vale!, lo admito, me gusta mucho, ¡ya has obtenido mi confesión! ¡Déjame vivir! —contestó Candela cansada de la reprimenda de su amiga

—¡Estás idiota del todo! No tengo más que añadir —sentenció haciéndose la indignada.

—¡Mejor!

Las dos amigas se sumieron en sus pensamientos el resto del trayecto. Ninguna de las dos quería hablar más. Sobre todo Candela, estaba agotada. Quería meterse en la cama lo antes posible.

Cenaron juntas tras dar un pequeño paseo a Hacendado, el perro también se enfadó porque el tiempo de juegos se había reducido drásticamente. Menudo plan, pensó Candela. Ella enfadada con Estrella por la reprimenda que le había echado, Estrella enfadada con Candela porque estaba anteponiendo la felicidad de los demás a la suya propia, era momento de que su amiga viviera feliz una historia que prometía algo bueno y bonito, y por último Hacendado, que llegó a casa prácticamente a la rastra. No quería salir del parque y las dos amigas tuvieron que tirar de la correa para meterlo en el patio.

Una vez en la cama, Candela rememoró la conversación mantenida con Mateo. No sabía si todo era verdad o no, pero la explicación había sido coherente. Podía haber intentado localizarla de alguna manera para darle en su día la explicación pertinente, pero ni siquiera se habían dado los teléfonos. No hacía falta quedar, sabían que se encontrarían en el parque sí o sí, hasta el día en el que todo eso dejó de suceder. Pensando, Candela se quedó dormida. Había sido un día con muchas emociones.

Capítulo 34

Los días transcurrían con más o menos normalidad. Estrella ya había vuelto al trabajo y eso hizo que ella mejorara. El arreglarse para ir a la fábrica y el verse bien hacían que recuperara la autoestima poco a poco.

Por las tardes, las dos amigas salían a pasear a Hacendado, Candela escuchaba cómo su Estrella le explicaba todos los adelantos que obtenía su caso. Hablaba de Mateo como un auténtico profesional, muy educado y atento, y eso hacía alimentar poco a poco la llama que seguía encendida en el interior de Candela. Cada vez se iba enamorando un poquito más de él, aunque ella callaba.

—Hola, Estrella —dijo una voz detrás de ellas. Al oírla, Estrella se paralizó y Candela se giró sobre sí misma para ver quién saludaba.

A los pocos, segundos Estrella también se giró.

—Hola, Toño —saludó seria. Llevaban sin verse bastantes días y la situación era tensa e incómoda.

—¡Perdóname, Estrella! —espetó él acercándose mientras lloriqueaba como un niño—. Yo te quiero, de verdad, Estrella —seguía gimoteando.

—Yo… —respondió ella titubeante, ese hombre aún tenía la capacidad de hacerla temblar—. Yo…creo que es mejor que te vayas —añadió haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad.

Candela agarraba el brazo de su amiga, presionó para infundirle los ánimos necesarios.

—¿Cómo? —preguntó Toño tensándose—. Vengo hasta aquí y dices que me vaya —repitió enfadado. No quedaba resto de las lágrimas que tenía tan solo

unos segundos antes. Él no se daba por vencido y no admitía un no como respuesta.

—Lo has oído perfectamente —intervino Candela para echar una mano a su amiga—, quiere que te vayas, no hagas que te lo repita otra vez —reiteró.

—¡Cállate, zorra! —escupió furioso, a la vez que daba una bofetada con todas sus fuerzas a Candela, haciendo que se desestabilizara y cayera al suelo como si fuera una marioneta—. ¡Jamás me has podido ver! ¡Mosca muerta! —gritaba escupiendo las palabras.

—¡Basta, Toño! —pidió Estrella llorando.

—¡Lo sabes como yo! Nunca ha querido que estuviéramos juntos, hasta que lo ha conseguido. ¡Es una zorra reprimida! —espetó dirigiendo sus insultos a Candela, que había logrado levantarse mientras se frotaba con la palma de su mano su mejilla—. ¡Te juro que te la tengo jurada! —confesó fuera de sí, mirándola con desprecio infinito. Volvió a levantar la mano para intentar agredir a Candela de nuevo, estaba celoso y cegado de ira, hasta que unos brazos lo amarraron por detrás.

—Como se te ocurra tocar un pelo a alguna de las dos te juro que te mato —afirmó con una seguridad pasmosa el hombre que inmovilizaba a Toño por detrás.

—¡Suéltame, hijo de puta! —gritaba Toño pataleando.

—Aunque me juegue mi carrera, te juro por mi madre que lo cumplo —añadió Mateo sin dejar de agarrar fuertemente a Toño.

—¡Vete a la mierda! —espetó Toño zafándose de él—. ¡Esto no va a quedar así! —dijo amenazando a las dos amigas, que se abrazaban llorando. Toño desapareció de su vista. Al final, y tal y como había demostrado, era un cobarde.

—¿Estáis bien? —preguntó Mateo acercándose hasta ellas.

—Sí, estamos bien —confirmó Candela, que seguía con la mano de Toño marcada en la cara.

—Vamos a poner la denuncia —respondió Mateo, que había aparecido como un ángel caído del cielo.

—No es necesario, Mateo, estoy bien —admitió Candela temblorosa.

—Lo es. Además, esto puede servir en la defensa de Estrella —dijo él, sabía que así convencería a su amiga. Candela había demostrado que era leal a los que quería y que haría todo lo posible por ayudar a Estrella.

El trámite en la comisaría fue desagradable para Candela, pero el estar arropada por Mateo y por Estrella hizo un poco más llevadera la declaración.

Mateo acompañó a las chicas hasta casa. Estrella se refugió en su habitación y Candela y Mateo se quedaron en el sofá del salón hablando de todo el incidente

ocurrido.

Candela estaba mucho más tranquila y apenas se notaba ya en su piel la rojez provocada por la torta de Toño.

—Candela, ¿estás bien? —preguntó Mateo preocupado.

—Sí, apenas me duele —confirmó ella frotándose la zona.

—Mejor, ese malnacido no merece estar campando a sus anchas y me voy a encargar personalmente de que cumpla con su merecido —afirmó convencido de ello. Por orgullo y porque así debería ser, haría todo lo que estuviera en sus manos para meter a ese tipo entre rejas.

—Ya, eso espero, aunque la sentencia será floja, ¿no? —dijo ella.

—Me temo que en breve estará fuera —confirmó chafado—. Lo que deseo es que no vuelva a comportarse así con otra mujer.

—Sabemos que eso es prácticamente imposible, si lo ha hecho una vez, repetirá.

—Tienes toda la razón —confirmó Mateo enfadado.

—Bueno, espero que no vuelva a acercarse a Estrella ni a mí en lo que le queda de vida —deseó Candela con todas sus fuerzas.

—Yo también, pero no te preocupes, que yo estaré cerca para evitarlo —confirmó sonriendo.

—¿En serio? —preguntó Candela incrédula.

—Sí, Candela, no voy a poder esperar a terminar de hacer los exámenes para poder verte otra vez. De hecho, hoy estaba en el parque para verte y decirte que te me has metido dentro, que no puedo dejar de pensar en ti, que no sé qué me has hecho, pero me desconcentro pensando en tu sonrisa, y no me había pasado nunca y quiero que todos los días paseemos a Hacendado, y vernos y hacerte el amor como aquella noche. No puedo dejar de pensar en ese día y… —explicó él de corrido; era abogado, sabía desenvolverse en público pero, de repente, se sentía tímido.

Candela intervino a continuación al ver el momento que estaba viviendo Mateo.

—A mí me pasa igual —confesó tímida—. Pensé que estaba un poco obsesionada contigo, pero me siento identificada con todo lo que estás diciendo… pero, Mateo —dudó y prosiguió—, lo importante es tu carrera, quieres pertenecer a los cuerpos especiales, y si tú y yo empezamos algo, pues te va a quitar tiempo de estudio y de entrenamiento —concluyó ella apesadumbrada. No quería truncar la carrera de Mateo por nada del mundo.

—Candela, quiero que tú seas mi cuerpo especial, como yo quiero ser el tuyo —afirmó agarrando por la cintura a Candela para ponerla sobre sus piernas y así

poder besarla

—Yo también quiero ser tu cuerpo especial, como tú lo eres para mí.

A partir de ese momento, sobraron las palabras. Mateo y Candela se sumieron en un beso que ponía broche de oro a su declaración de amor y que era el comienzo de un largo camino juntos.

Si te ha gustado

Cuerpos especiales

te recomendamos comenzar a leer

¡El universo me debe una explicación!

de *S. F. Tale*

Prólogo

Narra una antiquísima leyenda que, en los albores de la humanidad, los humanos contábamos con dos cabezas y habitábamos un mundo donde todo era ilusión, felicidad y alegría. A pesar de ese estado de buenaventura, se cometieron algunas tropelías que generaban cierto malestar entre los dioses. Un día, hastiados de nuestros comportamientos, idearon un severo castigo: partir el cuerpo a la mitad. Así cada uno contábamos con un amor perfecto, al que se lo conocía con el sobrenombre de «alma gemela». Eso provocó que comenzásemos a vagabundear por la Tierra en una búsqueda sin cuartel de la parte que nos fue extirpada.

Los hados, a escondidas de los dioses, se reservaron un extraño acontecimiento que solo sucedía una vez cada milenio, y no era otro que la existencia de las almas gemelas astrales, cuya trayectoria por la vida era exactamente igual a la del otro. Para que esto acaeciese, las dos personas debían nacer a la misma hora, al mismo minuto, en el mismo lugar y, lo que era más importante, bajo el mismo cielo. Entonces y solo entonces, esas dos almas estaban predestinadas a compartir el mismo sino.

Mas, ¿quién va a creer en cuentos de viejas en los tiempos que corren? ¿Quién sería tan atrevido en creer en la magia si no es más que una falacia?

Capítulo 1

Silvia estaba sentada frente a Nat, su mejor amiga, su confidente durante más de una década, sobre todo en el último año había mostrado una increíble paciencia —ella mantenía lo contrario—, pues siempre, a cualquier hora, tenía un consejo, una palabra de aliento que le servía de refugio para continuar y no tirar la toalla. En ese instante, las separaba una mesa camilla redonda de madera cubierta por un grueso mantel granate, grande, casi rozaba el suelo, con bordados que su amiga había tejido. Estaban en una habitación escondida en la trastienda de la herboristería que dos años antes Nat había abierto. Era cuadrada, con los lados iguales, en la que el olor a incienso blanco saturaba el aire, cargaba el ambiente, pero Nat siempre lo encendía cuando se trataba de tarot, ya que, según ella, ayudaba a la relajación y a la concentración, como cuatro velas blancas que señalaban los puntos cardinales. Silvia observaba a su amiga con escepticismo —nunca se había creído nada de aquello, había dejado de creer en las casualidades hacía casi un año; aun así, la respetaba—; su rostro ovalado estaba enmarcado por dos mechones trigueños que se habían soltado de su coleta, su nariz fina y pequeña se situaba sobre una boca siempre amable de labios gruesos, mientras que sus ojos marrón caoba, resaltados por el blusón verde, estudiaban a conciencia las figuras representadas y que, supuestamente, ocultaban un significado por sí mismas, además de las diversas combinaciones que formaban. Con disimulo, volvió a otear el reloj, la aguja apenas se había movido. Inspiró hondo, la pierna derecha comenzó a moverse, ¡todo eso la ponía más nerviosa! Debía terminar de hacer las maletas, solo había ido para despedirse de ella como le había prometido, no a una sesión de esoterismo.

—En este viaje vas a conocer a un hombre —se pronunció al fin. Nat levantó sus brillantes ojos hacia ella.

—Qué bien. —No pudo evitar el tono irónico con el que lo dijo.

—No es un hombre cualquiera, Silvi.

—No quiero nada con nadie —soltó tajante, las manos empezaron a sudarle frío.

«¡Un hombre!», exclamó para sí. No quería a nadie después de... Iba a separar la silla con las manos con la intención de marcharse.

—Lo conocerás allí adonde vas, aunque no quieras.

A Silvia se le pasó por la cabeza cancelar el viaje y anular el contrato de trabajo que había conseguido hacía una semana. No obstante, desechó aquella idea peregrina, tenía que mantener el plan que había trazado, por el cual debía poner tierra de por medio como último recurso de recuperarse, de curar su despedazada alma, o acabaría por perderse.

—Lo echaré a patadas.

—¿Te atreverás?

—Desde luego, mi vida está bien como está.

—Silvi. —Su tono de decepción no le pasó desapercibido.

—¿Y qué tiene de especial? —preguntó sin ganas.

—Es un hombre que te llega de las estrellas.

—¡Un extraterrestre! —bromeó. Se tapó la boca con una mano, expresando una falsa sorpresa.

Nat levantó una ceja en su dirección, y Silvia adivinó lo que se le estaba pasando por la cabeza: no es una broma.

—Hablo en serio. —¡Hala! Ahí estaba su confirmación—. Por mucho que huyas, lo conocerás en el viaje que indica esta carta. —Apoyó la yema de su dedo índice en ella, clavando la mirada en su amiga—. El carro representa el viaje. Lo tienes marcado por destino.

—En fin...

—Silvia, está escrito en las estrellas que vuestros caminos se unan.

Su corazón se paró, la sangre se le congeló en las venas y la voz de Nat se fue apagando en sus oídos hasta volverse lejana. No era lo que quería escuchar. Esa frase tuvo varios efectos en ella: el primero, la capacidad de razonar la abandonó; segundo, parecía que quería derribar las débiles barreras que había construido a lo largo de ese durísimo año para que todo cambiase —como lo que originaba el viento Mistral, que cuando soplaba anunciaba cambios bruscos—, porque creía que era la hora de llevarlos a cabo. Eso mismo le sucedió con aquellas palabras que vinieron, sin su amiga saberlo, para remover esos remordimientos que no había superado, que todavía le hurgaban el alma. Era consciente de que jamás, por muchos años que pasaran, por mucho espacio que quisiera poner, la culpa la acompañaría para los restos.

«No voy a permitir que nadie se me acerque», se prometió.

Escapar no servía de nada cuando tu compañero de viaje era un dolor que solo terminaría poniendo fin a todo y, por el contrario, escapar era lo que debía hacer, ya que era su última elección.

Detrás de un cuerpo bonito también se esconde un corazón enorme.

Dos compañeras de piso que viven el amor de diferentes maneras. Mientras Estrella sufre una relación tóxica con su novio Toño, Candela, durante sus largos paseos con su perro callejero Dado, encuentra el amor.

Sin embargo, las cosas se complican para ambas: Estrella cada vez se encierra en un círculo más peligroso y dependiente con su novio y Candela deja de ver al aspirante a policía que le trae loca.

Ambas están confundidas con sus vidas amorosas, pero un episodio en la vida de Candela hacen que las dos amigas tengan que recurrir a Mateo, el aspirante a policía del que Candela está enamorada.

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación y su trabajo no está relacionado con el mundo de las letras.

Empezó a escribir como terapia y a partir de ese momento ha ido ideando personajes e historias que le gustaría leer en los libros que lee compulsivamente.

De mente inquieta e imaginativa está continuamente pensando nuevas tramas, ideas y protagonistas para sus próximos libros.

Edición en formato digital: agosto de 2021

© 2021, Vega Fountain
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-85-0

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinlibros
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cuerpos especiales

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Vega Fountain
Créditos